

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 19 de Marzo de 1899.

Número 12



LAS PRIMERAS FLORES

DIBUJO DE N. MENDEZ BRINGA.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Leí, en uno de nuestros diarios la cantidad fabulosa que ganan hoy los artistas de teatro. No sólo las celebridades, sino también las medianías y hasta las insignificancias, viven en esta época una vida de derroche y escándalo que cuesta mucho a los públicos. Lo raro es que no son los que cuidan del Arte noble, los fieles guardianes de la Severa Belleza los que están más enriquecidos, sino los que menudean y degradan el teatro, los que hacen piruetas, cantan coplas y representan tipos populares, los que ponen la mueca de Bufón en el rostro de Thálfá, y vuelven, en fin, grotescas, en fuerza de atrevidos retoques, las buenas máscaras alegres.

¿Qué diferencia entre el actor de hoy y el cómico de antaño! Para observar bien el contraste, evocad primero la imagen de cualquiera de nuestras *divetas* célebres y oid, en seguida, la narración que me he hallado en un viejo y hermoso libro.

«No lejos, por la línea gris y polvorienta de la carretera que separa los campos de terruños secos y mieses soleadas, se ven venir las carretas de la farándula; una de ellas la ocupan dos mujeres; son la dama y la dueña, tal vez hermana y madre del bobo que arrea las cansadas mulas, mientras repasa de memoria el papel que le toca en el pasillo nuevo. Vienen detrás otros dos ó tres hombres; el que dirige la farándula, poeta y cómico juntamente, que camina pensando una regocijada farsa, y el que hace de viejo y también lo es, más rendido á la fatiga que afanoso de gloria. En cofres y cajones traen las ropas, ricos trajes de santos, reinas y magnates, hidalgos, damas y princesas, porque los que ellos visten son de grosero paño de Segovia; á la zaga del carro guardan los trastos necesarios para la comedia; el cetro de caña dorada que así lo empuña Carlos I como Barbarroja; la corona de talco que así la ciñe el Padre Eterno en los *Autos*, como Neptuno en las loas ó Wamba en la tragedia; allí vienen también guardados, los paños con que se forma la embocadura de la escena, y la valija donde aquella pobre gente guarda los escasos ducados que penosamente gana viviendo entre miseria y representando grandezas. Llegan al pueblo, se albergan aquella noche en la posada, y en torno del hogar descansan entre soldados que relatan las desastrosas glorias de Flandes, y labriegos que se quejan de ver mermada su cosecha con la alcabala del Rey y el diezmo de la Iglesia: algún familiar del Santo Oficio mira de reojo al comediante poeta, adivinando en él un adversario; algún ricacho dice lindezas á la cómica, y los chicos ríen á carcajadas los chistes con que el bobo excita su curiosidad, contándoles algo de lo que á la otra tarde han de recitar los farsantes. A la hora de la fiesta alzarán en el corral de la posada el tabladillo de la escena, asománse á los corredores las mozas y encaramánse los muchachos hasta las bardas de las tapias mientras suena el parche del tamborino llamando á los labriegos que llegan, trayendo para pagar su regocijo, quién alguna cosa que se coma ó beba, quién las mugrientas monedas de cobre con el borroso cuño de los Felipes.

Después se representan *Las aceitunas* de Lope de Rueda, ó *Los habladores*, de Cervantes, y al otro día se aleja la farándula por la línea gris y polvorienta de la carretera, dejando en el toscó lenguaje de los villanos alguna palabra culta, en su corazón algún sentimiento noble, infundiendo tal vez en aquellas almas envilecidas por la ignorancia, el goce de la belleza artística, y acaso con figuras como *El Alcalde de Zalamea*, despertando en sus conciencias humilladas por el absolutismo, la esperanza de la libertad y la justicia.»

* *

He comenzado á ver por ahí, este sencillo anuncio: «Próximamente, beneficio del cuerpo de coros.» Hay todo un poema en él. El beneficio de los coros, de la multitud innominada, de la masa indistinta, es un bello asunto para un cuento de Richepin.

El corista pierde su nombre al entrar en la escena, como el presidiario al entrar en la cárcel, y es sólo una voz, una unidad, un manequí del segundo término. Musicalmente es un pedal oprimido; plásticamente, una nota decorativa. Se viste con todos los desechos de la guardarropía; en una misma noche es *chulo*, húsar, torero y aldeano. Cambia de nacionalidad á cada instante. Se viste y se desnuda diez veces en tres horas. Canta todas las músicas: desde Wagner hasta Chueca. Se agita, brinca, corre, baila, se arrodilla en el tablado, en actitudes inverosímiles, amaneradas y ridículas.

El teatro es su cuartel, su reclusión, su encierro. Ensayo todo el día: canta toda la noche. Y mira impasible, casi burlón, las coquetorías de la tiple ó la mímica rudimentaria del tenor. Oye con estoica indiferencia el aplauso; no le emocionan las ovaciones.

Es un escéptico de la gloria. Está acostumbrado á ver, desde lejos, las caras de los espectadores radian-

te de cruel ironía; sabe que su traje está ridículo, que su cara enharinada provoca á risa, que sus gestos son groseros y falsos, y...; no le importa! Allí va travesando con la suripanta de muecas epilépticas, haciendo evoluciones cancanescas, tejiendo y destejiendo figuras en la *bande joyeuse* vistosa y canalesca.

A los que asisten á la tanda noche á noche, les parece un feliz algo imbécil, cuando por rara casualidad se fijan en él. Pero en el fondo es un pobre diablo, impotente y triste que en la compañía de los comediantes, tira, como el bobo, del carro de la zarzuela como una mula de carga. Vive, frente por frente, del lujo y del aplauso, repleto de ambiciones, sin consuelo y sin esperanza.

La corista, cuando es hermosa, suele ser una conquistadora. El corista es un mártir.

Bien se puede pecar por asistir al cuerpo de coros. Los que asistan cumplirán con algunas obras de misericordia, excepción hecha, tal vez, de la que ordena vestir al desnudo.

Porque en la opereta, el único traje que según la moda reinante, deben llevar las coristas, es el famoso de las diosas: el de sí mismas.

* *

Me descubro, como al cruzar el cancel de un templo, al penetrar en los días místicos.

De semana en semana se alzan los viernes de cuaresma, como de trecho en trecho cubren los sagrados muros, las dolorosas escenas de la *vía crucis*.

A pesar del escepticismo que nos invade, soñamos aún más bien que sentimos, la poesía religiosa.

El aire empieza á trascender á incienso y amapolas.



Pío IX y León XIII

Una ceremonia inolvidable.

Pío IX murió en el Vaticano el 7 de Febrero de 1878, al *Ave María*. Su cuerpo fué depositado en un lecho cubierto de seda roja y transportado á la antecámara secreta de sus habitaciones, á la tramontana. En cada uno de los ángulos ardía un cirio. Los penitentes de San Pedro recitaban las oraciones de los difuntos y dos guardias nobles, con la espada rendida, permanecían de pié en la cabecera. El cardenal Pecci, camarlengo de la santa iglesia, llegó, entrada la noche, seguido del mayordomo de cámara y de dos camareros participantes, revestido con un largo manto de seda negra y violeta. Hizo levantar el velo blanco que cubría el rostro de Pío IX y, dándole tres golpes en la sien con un martillo de plata: «*Duermes, Juan Mastai?*» le preguntó.

Como su pregunta no fuera contestada, entonó el *De Profundis*.

Al tener noticia de la muerte, el Vaticano se había llenado de sacerdotes y de damas. El camarlengo ordenó que se cerraran las puertas. Algunos officiosos, que se decían autorizados por el gobierno italiano, habían tratado de introducirse en el palacio. El camarlengo los hizo despedir. De Sinigaglia había llegado un hermano, sobrinos y sobrinas de Pío IX. El camarlengo se negó á recibirlos y los dejó que esperaran, con un tiempo frío, bajo el pórtico de San Pedro. Ese cardenal Pecci, débil y enclenque, desplegaba una energía extraordinaria. Velaba hasta muy tarde, dormía muy poco y se levantaba con el alba.

Estaba en todas partes, ordenaba con palabra imperiosa, teniendo en sus manos las llaves del mando. Marchaba escoltado por alabarderos, preocupado, severo, consagrado á su doble guardia, á la guardia del Papa difunto y del papado amenazado, un tanto triste é inquieto, á causa de ciertas predicciones y de ciertos presentimientos. ¿No le había dicho el cardenal Consolini: «Eminencia, votaré por vos?» El se había excusado con modestia, le había rogado que no pensara en su «pobre persona.» Sentía ya pesar sobre sus hombros la divina carga. Su puesto de camarlengo le daba de antemano la plenitud del poder.

Pero la novena de los funerales se acercaba. El soberano pontífice había sido revestido con sus ornamentos de ceremonia; lo habían calzado con sandalias rojas y enguantado sus manos con guantes rojos. Luego lo habían colocado sobre una parihuela forrada de tela de oro, apoyada la cabeza en almohadones de tela de oro, con el pellium y la mitra de tela de oro; y por la escalera de los papas, la primera loggia, la sala ducal, la sala real, y la Sala del Santísimo Sacramento, los que llevaban la silla triunfal lo habían conducido en procesión á San Pedro. Toda la prelación, los obispos, los cardenales, abrían el cortejo formado por la guardia palatina é iluminado por las an-

torchas encendidas, bajo los techos elevados y sombríos y el dédalo de colores oscuros, de los palafreneros vestidos con casulla de damasco rosa. La parihuela era inclinada, y fué preciso para que el cuerpo no cayese, tomar la precaución de liar con cordones á Aquel á quien en nombre de Dios se le había dado la omnipotencia de atar y desatar en la tierra.

Una de las capillas de la Basílica fué convertida en capilla ardiente. En ella fué expuesto el cuerpo de Pío IX, cuyos piés pasaban por entre la reja de hierro, á fin de que los fieles pudieran besarlos. La multitud acudió en oleadas y se vió que si el Papa había muerto, el papado no moriría tan pronto en el corazón y en el espíritu del pueblo de Roma. Los carabinieri reales, agentes de policía, y una compañía de infantería mantenían el orden en la plaza. El 15 de Febrero se celebró el primero de los tres servicios fúnebres en la capilla Sixtina ante ese Juicio Final, magnífico y terrible, en que el Cristo con ademán supremo, separa los justos de los pecadores. bajo la mirada encendida de los profetas y la mirada advertida de las sibilas, en presencia del gran Jonás irritado. Se cantan las alabanzas de ese papa vencido en lo que el papado ha legado á los siglos de más sublime y aplastante.

En el centro, levantábase un suntuoso catafalco, adornado con cuatro bajo-relieves que representaban la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, el homenaje del Municipio, la Caridad y la Muerte. Las cuatro esculturas contenían el Pío IX por entero.

Era él, con su fé entusiasta y un tanto estrecha, un tanto supersticiosa, con su fé italiana y campesina, con su imaginación viva é inclinada á la ternura, poblada con las gracias, las virtudes y el poder de la Madona. Era el rey descoronado, pero indomable en la protesta, halagado al sentir hasta en su ataud la tiara de tres coronas, al sentir aún, en las puertas del más allá, una multitud que le besaba los piés, y de saber que era una multitud romana. Era el rico bueno, el pastor generoso y pródigo, aquel que hubiera hecho un milagro para multiplicar las migajas de su mesa, que fué en verdad para el universo un padre, padre al punto de restituir á su título de papa el sentido infantil, el adorable sentido primitivo de que Su Majestad lo había despojado.

Había sido todo eso: tres de los bajo-relieves lo decían; la iglesia católica sabe encontrar los símbolos. El cuarto bajo-relieve, la Muerte, decía lo que Pío IX era ahora, y lo decía tanto más cuanto que era una muerte cristiana, embellecida por la esperanza, dulcificada por certidumbres de inmortalidad.

El Sacro Colegio rodeaba el catafalco y hubiérase dicho que sus miembros eran estatuas arrodilladas. Después de cada uno de los servicios fúnebres, cuatro cardenales daban cuatro absoluciones generales.

Al día siguiente el papa fué colocado en una tumba. Se le puso con toda su púrpura y todo su oro, en su mortaja de seda roja y su velo de seda blanca en un triple féretro de pino, plomo y olmo, que el camarlengo, el mayordomo y el capítulo del Vaticano sellaron con siete sellos. Se rompió el anillo del pescador que el soberano pontífice tenía en el dedo y, según la tradición se repartieron los pedazos como reliquias. El sacristán retiró lo que quedaba de los cirios y en esa misma capilla Sixtina en donde acababan de hacer un santo, se recogían para hacer un papa. El secretario de los breves al príncipe ocupó el puesto del secretario de las cartas latinas, y, en la misma lengua elegante, con el mismo acento ritmado, con que había leído el otro la oración *pro pontífice defuncto* él leyó á su vez la oración *pro pontífice eligendo*. La iglesia, la mística esposa, esperaba al nuevo esposo.

Se habían elevado sesenta y cuatro asientos para los sesenta y cuatro cardenales que entonces formaban el Sacro Colegio; sesenta y cuatro tronos, porque cada asiento remataba en un dosel, emblema de la soberanía. El color de la mayor parte de los doseles era azul pavorreal; sólo cuatro eran verdes, los de los cardenales supervivientes del tiempo de Gregorio XVI. En el momento en que todo estuvo listo se entró en cónclave. Por dentro el camarlengo, y por fuera el general perpetuo de la santa iglesia romana, Mario Chigi, habían cerrado todas las salidas tras de un ejército de religiosos, empleados, obreros y criados, conclavistas, eclesiásticos, médicos, farmacéuticos, albañiles, herreros, carpinteros, cocineros y pinches. En seguida los cardenales invocaron al Espíritu Santo, conmovidos, fatigados aún por las felicitaciones llenas de esperanza de sus deudos y amigos. Prestaron y recibieron toda clase de juramentos, juramento de defender el patrimonio de la Iglesia *usque ad effusionem sanguinis*, juramento de no decirse por influencias, juramento de no revelar cuanto hicieran, vieran ú oyeran.

Una ó dos veces por día había congregación ó reunión de cardenales. Salían de sus celdas á la voz del maestro de ceremonias, el cual, por los tres pisos del desierto Vaticano iba gritando: ¡«A la capilla, eminencias!» Allí, cuando se les llamba por su nombre, se levantaban é iban á depositar su boleta en un cáliz, sobre el altar, porque la Iglesia es mística y simbólica en todo: para escoger al sacerdote de los sacerdotes, se vota junto al altar y en un cáliz.

El cardenal Pecci era el que contaba con más pro-

babilidades, á pesar de que el camarleno, por su activa severidad, se había enagenado muchas simpatías. Los cardenales Franchi y Bilio quizás tenían algunos votos; pero el cardenal Franchi se contentaba con la secretaría de Estado, y contra el cardenal Bilio había, lo han negado sin razón, la exclusiva de Francia.

En el Sacro Colegio, unos, como el cardenal Randi, no querían por papa más que un gran señor, Chigi, ó un santo, Martinelli. El cardenal Bilio se encargó de decírselo al cardenal Bartolini, ardiente partidario del camarleno.

El cardenal Bartolini se agitaba mucho en favor del cardenal Pecci; estimulaba á los indecisos: «Eminencia, Pecci ha sido delegado y sabe de gobierno temporal; ha sido obispo durante treinta años y sabe lo que es el gobierno de la iglesia.»

Entretanto, el cardenal Pecci era presa de una devoradora inquietud. Había recibido una carta del Ilmo. Pappalettere, prior de San Nicolás de Bari, que le auguraba el papado, y una carta de un abogado llamado Pecoraro, á quien su difunta mujer se le apareció en sueños anunciándole que el camarleno sería elegido por aclamación. En las comidas, apenas tocaba los platos; por la noche, no podía pegar los ojos. Estaba nervioso, triste, agitado, pensativo. A nadie quería recibir. Si por casualidad recibía á alguno, le decía: «¿No sabéis lo que quieren de mí? Soy viejo, débil, dentro de poco tiempo sucumbiré; no es el papado lo que quieren darme, sino la muerte.» A cada escrutinio su angustia aumentaba.

En vano se encerraba en su pasado, inútil era refugiarse en sus recuerdos de la infancia. Su casa de Carpineto, el tranquilo hogar de Ludovico y de Ana Pecci, el colegio de jesuitas de Viterbo, la ordenación, la delegación en Benevento, la nunciatura en Bruselas, hasta la imposición del capelo, ¡cuán lejos estaban todos esos hechos, cuán lejos todas las cosas humanas!

Despedíase con amargura de todas aquellas cosas ya conocidas y temblaba en los umbrales de lo desconocido, ese desconocido glorioso, en donde se encontraría solitario, tan por encima de los que estuvieran más cerca de él. ¿Por qué no le dejaban que siguiera recitando versos á sus cofrades de la Academia de los Arcades, en aquel huerto de olivos, que se apoya en la colina, detrás de San Pedro in Montorio!

*Quam flore in primo felix, quam prima Lepinis
Orta jugis, patrio sub lare, vita fuit!*

¡El huerto de los olivos! En él estaba y como á Jesús, le traicionaban y le preparaban un calvario: el solio! Y he aquí que un vertiginoso delirio le arrastraba en aquel momento, y que el álamo que figuraba en sus armas crecía y crecía, ya era invisible la cima, y por un instante le pareció que tocaba en las estrellas. Confusamente, en aquel intervalo, oía al decano del Sacro Colegio que pronunciaba su nombre repetidas veces.

Por lo demás, ¿no eran afirmativas las divisas del santo irlandés Malachic, y á Pío IX, *Cruce da Cruce*, no debía suceder un papa que sería *Lumen in celo*? *Lumen in celo*. ¡La estrella de sus armas!

¿Pero él, él llegar á ser, como dicen los concilios y los Santo Padres, el santísimo y muy feliz patriarca, el muy dichoso en el Señor, el obispo elevado al pináculo apostólico, el prefecto, el llavero de la casa de Dios, la boca y el jefe del apostolado, el lazo de la unidad; llegar á ser Abraham por el patriarcado, Melquisedec por el orden, Moisés por la autoridad, Samuel por la jurisdicción, Pedro por el poder, Cristo por la unción?

Cada vez que una boleta con su nombre se unía con las otras que también llevaban su nombre, tenía un desvanecimiento. Así como otros viejos ven que la noche del tiempo se aproxima, él veía que al declinar de su vida se levantaba una eterna aurora. De pronto el sub-decano vino á prosternarse á sus pies, murmurando las palabras latinas: «*Acceptasne electionem de te canonice factam in summum Pontificem?*» ¿Aceptas tu elección, hecha regularmente, para el Pontificado soberano? Acordóse de Celestino V y el imperecedero estigma con que el Dante, su poeta favorito, persiguió á la sombra de aquel que, por cobardía, hizo su gran renuncia.» Respondió con esa voz entrecortada, suya, que parecía un sollozo: «Puesto que Dios lo quiere, yo no me opongo.»—¿Cómo quieres llamarte?—«León XIII, en recuerdo de León XII, por quien siempre tuve una profunda veneración.» Bajáronse todos los doseles excepto el suyo. Se lo llevaron casi inconsciente, anonadado. Vistiéronle de blanco... *Lumen in celo*, vistiéronle de luz.

Pasó para la adoración, entre dos largas filas de diáconos que arrojaban al suelo sus cirios cuando pasaba: «Santísimo Padre, así pasan las glorias de este mundo!» Pasó, endeble, delgado y pálido, como un cirio que va á apagarse, entre los cirios que se apagaban. Besáronle el anillo, besáronle los pies, lleváronlo donde quisieron. Desde lo alto de la loggia interior de San Pedro, bendijo á la ciudad y al orbe. Extendidos los brazos, para bendecir, con su demacración ascética, parecía una cruz viviente y en aquel ademán solemne y grande, vicario de Jesucristo, sucesor del pescador de almas, abrazó á doscientos millones de almas.

CHARLES BENOIST.

¿POR QUE GUSTAN TANTO "LOS TRES MOSQUETEROS?"

El arte tiene por objeto pintar, si es plástico, la naturaleza y si es literario la vida humana. Pintar la vida humana es describir la lucha sempiterna é infatigable del hombre con la Naturaleza exterior, con la sociedad, consigo mismo. Según los pueblos, según las razas, según los climas y las épocas, los episodios y las peripecias varían, el combate se entabla en diversos terrenos y se realiza con distintas armas. En las épocas primitivas de la humanidad, se combate primero y principalmente contra la Naturaleza agreste y hostil; pero como ante el obscurantismo y la superstición las cosas inanimadas tienen un alma y una voluntad, como son fetiches el río majestuoso, el volcán humeante, el mar encrespado; como las divinidades presiden al sacudimiento del terremoto, al ímpetu del huracán, al estallido y fulguraciones del rayo, al desencadenamiento de los elementos, á los estragos de las epidemias y á la evolución de las enfermedades, la lucha del hombre contra la Naturaleza se transforma para las imaginaciones primitivas en lucha del hombre contra los dioses.

Prometeo deja caer la chispa desprendida al choque de dos guijarros sobre un montón de hojarasca, y produce artificialmente el fuego. Esta conquista del hombre sobre la Naturaleza es un triunfo obtenido sobre los dioses, y la mitología nos presenta á Prometeo robando el fuego del cielo. Moisés y los hebreos pasan á pié enjuto en la baja marea las playas del Mar Rojo y la marea alta ahoga á Faraón y á sus ejércitos; la Biblia nos presenta el fenómeno como castigo de la divinidad. La tempestad se desencadena y el mar se encrespa; Neptuno está irritado; vuelve la calma y cesa la furia del oleaje: el Dios del Océano ha pronunciado el *Quos ego*.

En las literaturas primitivas: en el Ramayana, como en la Biblia y en los poemas prehistóricos como el anillo de los Nibelungen, el hombre lucha, pues, contra los dioses. Esta manera de comprender la vida humana y de pintarla es vivaz en la humanidad; se prolonga más allá de Grecia y Roma é invade la Edad Media con el poema caballeresco, épico á la vez que mitológico.

Después el combate se entabla en otro terreno; el hombre no pelea con los dioses, sino con el mundo exterior que lo acomete, con la sociedad que lo esclaviza y con sus propias pasiones que lo torturan. Al llegar á esta etapa de la evolución del arte poético, del caudaloso y único río del pasado, se desprenden tres corrientes diversas caracterizando tres grandes escuelas literarias. Para el anglo-sajón tiene seducciones especiales la lucha con la Naturaleza; espíritu batallador y práctico, su afán es domeñar y adueñarse del mundo exterior, esclavizarlo y explotarlo, y esa propensión acaba por encontrar su fórmula literaria en el Robinson Crusoe, la novela, casi diríamos el poema, más popular en Inglaterra.

El espíritu germano, más concentrado, más contemplativo y más metafísico, ama de preferencia la lucha entre las ideas y el conflicto entre las pasiones. Los tratados de filosofía alemana, especialmente Hegel, son epopeyas metafísicas, torneos de abstracciones, luchas encarnizadas de conceptos, que, como combates entre burbujas de jabón, acaban por disiparse en la nada, en el pesimismo de Schopenhauer. La fórmula de esta literatura es el Fausto de Goethe.

Los pueblos latinos: los españoles, los italianos, los franceses, los latino-americanos, aman de preferencia la lucha del hombre con el hombre ó con la sociedad. Los mejores poemas caballerescos son de ese origen; Roldán, Esplandián, Amadís, son soldados, son luchadores, vacíos de cerebro, estériles para el progreso industrial del mundo; pero impetuosos, temerarios, heroicos, amantes de la guerra, por la guerra misma; mártires á veces por el amor como héroes por él, y siempre fieles á su rey, á su dama y á su Dios. En serio, la fórmula de esta literatura es El Romancero y en bufo, el inmortal Quijote.

* *

Los MOSQUETEROS son populares y lo serán siempre entre los pueblos latinos, porque son un poema caballeresco y porque pintan la lucha del hombre con el hombre. Pero á este atractivo fundamental se agregan otros no menos grandes. Cuando leemos las aventuras de Orlando ó las proezas de Esplandián, no tardamos en percibir y con desconsuelo, que esas hazañas nos están vedadas, que, luchadores de inclinación y de raza, no podemos elevarnos á tanto heroísmo, ni dar cima á tamañas empresas. No esgrimimos espadas mágicas, ni cabalgamos en caballos alados, ni poseemos almetes encantados; ninguna hada nos protege ni ayuda; hombres simples y sencillos, de carne y hueso como todo el mundo, vemos inaccesible é irrealizable el ideal de la lucha, imposible el triunfo, quimérica la gloria. Por dar magnificencia al cuadro y grandiosidad al poema, la lucha se ha hecho extrahumana, ha llegado á las lindes de lo homérico, y antes que placer nos causa desaliento y tristeza, por imposible.

No así en LOS MOSQUETEROS. Aquellos son hom-

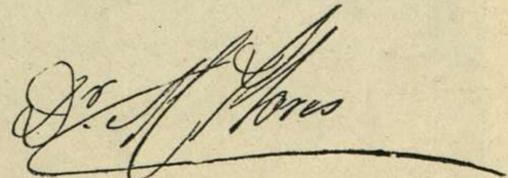
bres reales, positivos, más valientes, más inteligentes, más virtuosos, ó más ambiciosos que el común de las gentes; pero giran en una órbita de vida real que todos creemos accesible. De ahí ese resultado que es indiscutible y es notorio, todos queremos ser D'Artagnan y creemos poder llegar á serlo; quisiéramos igualmente ser Athos por la nobleza, Porthos por la fuerza y la generosidad, Aramis por la belleza y el talento, y como creemos todo eso posible, como el tipo ideal apenas difiere un grado del tipo real, simpatizamos con los personajes, nos identificamos con ellos, vivimos su misma vida, lloramos sus dolores, participamos de sus alegrías, de sus ensueños y de sus ambiciones.

Los Mosqueteros no son tipos abstractos, no son virtudes en acción, ni conceptos personalizados, tienen cuerpo y alma, substancia y vida; todos ellos tienen virtudes y vicios, cualidades y defectos, como los hombres comunes y corrientes: D'Artagnan es valiente, es leal, es generoso, pero avaro y taimado; Porthos es cándido, sencillo y franco, pero vanidoso, tonto y codicioso; Aramis es inteligente, tierno con las damas é impetuoso, pero es hipócrita y falso y acabará por ser jesuita; Athos, el más noble y grande, ha tenido la debilidad de dejarse abatir por la desgracia y se ha entregado á la bebida. Exagerando, pues, un poco las virtudes que nos atribuimos y alterando un mucho los defectos que nos caracterizan, nos creemos sus iguales, capaces de lo que ellos hicieron; reputamos nuestras sus proezas y leemos su historia con la voluptuosidad y la tenacidad con que leeríamos nuestra propia y apologetica biografía.

El mérito del poema se acrecienta y se acentúa cuando en la serie de volúmenes que constituyen la obra vemos pintada con una palpante realidad la evolución de los caracteres á medida que viven, que sufren y que luchan. En la primera parte, predominan en todos ellos las pasiones, las ideas y las propensiones de la juventud; generosidad y desprendimiento, franqueza, solidaridad, toda la gama de las virtudes juveniles resuena en aquella sinfonía. D'Artagnan ama con toda su alma á Mad. Banacieux y corteja con todo su cuerpo á Milady; sirve con absoluto desprendimiento á su reina y lucha con toda energía contra Richelieu; Athos tiene siempre la escarcela y el corazón abiertos, todo es generosidad sin cálculo y caballerosidad sin ambición; la petulancia de Porthos no llega á fatuidad y sigue á sus amigos con la ciega lealtad del perro á su amo; Aramis es todavía de buena fé con el breviario ó la espada en la mano y ama de verdad y tiernamente á María Michon.

Veinte años más tarde aquella juventud es madurez y los rasgos de carácter peculiares de la edad madura se acentúan y se delinean; ya D'Artagnan regatea con Mazarino y más que á la gloria, aspira á restaurar el torreón paterno y comprar hectáreas al rededor; Porthos, hartado de riquezas, quiere ser barón y disimula su posición pecuniaria por temor de verse defraudado; Aramis se hace diplomático, engaña á D'Artagnan y se burla casi de él cuando va á buscarlo en nombre de Mazarino, y Athos regenerado por la paternidad cuenta los centavos y hace política al mismo á quien llamaba su hijo. Se ve luego que esos jóvenes son ya hombres y que el cálculo, el interés mejor ó peor entendido, guía ya, y no los generosos impulsos de la juventud, su acción, y determina su destino. Por eso en la juventud leemos más «Los Tres Mosqueteros» y sólo en la madurez gustamos de «Veinte años después» y del «Vizconde de Bragelonne.» En esta última etapa D'Artagnan es casi un cortesano; Porthos, más tonto que nunca, sólo aspira á ser duque; Aramis entregado en cuerpo y alma á los Jesuitas carece ya de toda nobleza y de toda generosidad y pierde á Fouquet como hace matar á Porthos por fría y despiadada ambición. Athos, decepcionado hasta de su rey, muere de dolor al suicidarse su hijo; D'Artagnan cae en el campo de batalla al realizar su sueño dorado: ser Mariscal de Francia, y sobre las ruinas de tanta ilusión y de tanta esperanza, y entre los escombros de tanta virtud y de tanta generosidad, sólo se yergue el Rey Sol, tan astuto como D'Artagnan, tan hipócrita y falso como Aramis, tan ceremonioso y fatuo como Porthos y sin una sola de las virtudes de Athos.

«Los Tres Mosqueteros» son, pues, obra magna de Arte y deben á su popularidad á que funden en sí mismos tres de las más altas y grandiosas fórmulas poéticas: la epopeya, el drama y la comedia; porque el movimiento y la vida reinan en el poema de un cabo al otro, porque respetando la realidad ha sabido idealizarla sin hacerla inaccesible y porque en suma como el Robinson Crusoe para los ingleses y el Fausto para los alemanes, si no describe lo que somos, sí pinta lo que queremos y lo que en rigor podíamos ser.



MEXICO ANTIGUO.

La casa en que murió Beristáin.

El Domingo de Ramos, 19 de Marzo de 1815, una numerosa multitud de fieles henchía las amplias naves de la Catedral de México, para asistir á la solemne función religiosa que en este día celebra la Iglesia.

Todos, después de haberse provisto en el atrio del templo de sendas palmas adornadas con flores, las llevaban unos, grandes y esbeltas, y otros, pequeñas y sin aliños, según sus gustos y fortuna.

¡Era hermoso el espectáculo que presentaba la Catedral invadida por tanta gente, ansiosa de presenciar la ceremonia y de escuchar el sermón de la fiesta!

La procesión y bendición de las palmas fueron solemnes. La primera salió por la puerta occidental de la basílica, recorrió el atrio exterior, penetró por la puerta oriental del frente y atravesó las espaciosas naves.

Aquella compacta muchedumbre semejaba un bosque en movimiento, un océano agitado en el que las palmas enfloradas, el humo del incienso y la cruz alta y los ciriales, parecían naufragar entre el flujo y reflujo de la multitud que se empujaba, se oprimía casi sofocada á pesar de la anchura y elevación de las bóvedas del templo.

Antes de la misa como de costumbre, se pronunció el sermón en este día, y cada uno de los fieles procuró colocarse en el mejor sitio para no perder palabra. Los canónigos tomaron asiento en las bancas exteriores de la reja del Coro. Enfrente del viejo púlpito de mármol, bajo dosel y acompañado de los oidores de la Audiencia, también con sus palmas, podía verse al Excelentísimo Sr. Don Félix María Calleja, Virrey y Capitán General de Nueva España. Sólo se echaba de menos la asistencia del Arzobispo que en otras ocasiones estaba presente.

El sermón prometía ser muy bueno. Gran fama y justa gozaba como orador el que tenía que predicarlo, el Dr. Don José Mariano Beristáin y Souza, Dean entonces de la Catedral, y muy reputado por sus letras; pero aunque nacido en Puebla de los Angeles, partidario acérrimo, más por conveniencia que por convicción, del dominio de los reyes de España en América.

De improviso las palmas enfloradas se mecieron como si suave ráfaga de viento las agitase. Los fieles se levantaron en las puntas de los pies: todas las miradas se clavaron en el púlpito de mármol.

El medio busto del Dr. Beristáin se destacó en la cátedra sagrada. Iba con el traje de Canónigo, de roquete blanco y capa negra, con una hermosa palma en la mano. Sus ojos grandes, negros, expresivos, barrieron aquel enjambre de cabezas y de palmas, é instantáneamente se fijaron en el Virrey y sus labios se abrieron, comenzando el sermón de este modo:

«Jesús Nazareno aclamado hoy por el pueblo, rey de Jerusalén, hijo de David y enviado de Dios; y Jesús Nazareno blasfemado dentro de cinco días por ese mismo pueblo, condenado á muerte é ignominiosamente crucificado, es una cosa que admira y asombra, pero que merece también las reflexiones del orador.

Ved aquí la materia de mi breve discurso y de vuestra cristiana atención esta mañana. Para que yo acierte y vosotros saquéis alguna utilidad, es necesaria la gracia del Espíritu Santo. Pidámosla humildemente. AVE MARIA.»

El exordio anterior dicho con unción religiosa preparó convenientemente al auditorio. Más de un buen devoto sintió cierta piadosa fruición con aquellas palabras, y más de un devoto sensible se conmovió hasta derramar copiosas lágrimas, cuando en el curso del sermón el elocuente predicador preguntaba al ingrato pueblo que hacía siglos dormía bajo el sepulcro:

«¿Hoy vitoreas á Jesús, y dentro de pocos días le abandonas? ¿Hoy le conduces triunfante al monte Sion, y mañana le llevarás preso al monte Calvario? ¿Hoy te desnudas de la capa para tendérsela, y el viernes le despojarás de su túnica para repartírtela? ¿Hoy cortas palmas y ramos para aplaudirle, y el viernes arrancarás cambrones para coronarle? ¿Hoy se escuchan de tus labios bendiciones y vivas, y el viernes no resonarán delante del pretorio sino las terribles é insolentes voces de *apártale de nuestra vista, muera crucificado?*»

Prosiguió así Beristáin en su discurso, inspirándose en los hermosos conceptos del evangelio del día; pero súbitamente la piedad se ocultó tímidamente en un rincón del marmóreo púlpito: el orador sagrado, como muchos de sus contemporáneos, olvidó su misión: sus labios no destilaron la dulce miel, el bálsamo consolador de la piedad cristiana: el apóstol se trocó en sectario; el púlpito se cambió en tribuna.

Ya las siguientes palabras no conmovieron al auditorio, sino que lo exaltaron. El texto del evangelio del día, le sirvió para establecer un símil blasfemo entre Jesucristo y Fernando VII, entre los fariseos y escribas que pedían la crucifixión del Nazareno, y los sacerdotes é insurgentes que se habían levantado en armas para proclamar la emancipación de México.

El orador perdió la calma. Tronó y relampagueó contra el patriotismo de los independentes; los llamó maldicientes, ingratos, pérfidos, rapiñadores.

«Nuestros escribas y fariseos,—decía exaltado,—los aprendices de políticos y de filósofos ilustrados, sedujeron, pervirtieron á los pueblos. No debe reconocerse á Fernando por rey, sino al Apóstata Hidalgo, al Judas de la nueva España, al Barrabás de la América: *Non hunc sed Barabbam*.»

Beristáin no pudo proseguir. Quedó de improviso mudo, sin articular palabra. Cayó desplomado en el fondo del púlpito, en medio del mayor asombro de los fieles.

La multitud ya no parecía entonces un mar tranquilo en el que sobresalían las enfloradas palmas: la multitud se agitó como un mar embravecido. Era una época de lucha: hacía cinco años que en los campos se combatía por conquistar la independencia, y en las ciudades los odios de realistas é insurgentes dividían á los sostenedores de una y otra causa.

La multitud de fieles que había en la Catedral fue presa de encontradas pasiones. ¡Castigo del cielo! decían los piadosos al considerar la blasfemia de Beristáin cuando comparó á Cristo con Fernando VII. ¡Castigo de Dios! clamaban los insurgentes indignados

de que á Hidalgo se le comparara con Judas y Barrabás!

Hasta en las bancas exteriores del coro, donde estaban los capitulares, hubo una gran conmoción. Entre ellos había también partidarios de España y partidarios de la independencia, y uno de estos últimos, el Canónigo Dr. Don José Nicolás Maniau y Torquemada, desde su asiento y con tono burlón, gritaba repetidas veces: —*¡Que le quiten la chaqueta! ¡que le quiten la chaqueta!* aludiendo á las ideas realistas de Beristáin. Los que estaban inmediatos no podían menos que reirse.

Beristáin fué bajado en hombros del púlpito, llevado á la sacristía para prestarle los primeros auxilios, y después á su casa de la esquina de Santo Domingo y Tacuba.

Sobrevivió á aquel accidente, pero baldado del lado izquierdo. Sólo la cabeza y el brazo derecho podía mover. Y sin embargo de esta enfermedad, Beristáin siguió rabioso por la causa realista. Parálitico como estaba se hacía conducir en silla de manos para hablar con Calleja; firmaba con la única mano que tenía disponible la sentencia que degradó al gran Morelos, y no satisfecho con haber pronunciado el sermón del Domingo de Ramos, lo imprimía completo con la parte que le había faltado decir, llena de insultos contra los insurgentes. Aún hizo más: en la dedicatoria manuscrita con que lo envió á España al ex-Virrey Venegas, le manifestaba «que tenía á dicha el haberse visto en el último peligro de su vida por atacar religiosa y eclesiásticamente á los insurgentes de su Patria,» y le pedía lo sacara de ella.

Nada extrañas hubieran sido estas ideas en hombres de buena fé, mas el Deán de la Catedral no fué sincero en sus opiniones. Su servilismo era por conveniencia. Siendo familiar del Sr. Fuero, había dicho que las bienaventuranzas eran nueve, y que la nona rezaba: *Bienaventurados los gachupines porque de ellos es el reino de las Indias*, y como censor de impresos había puesto el V^o B^o con elegio á muchos folletos revolucionarios.

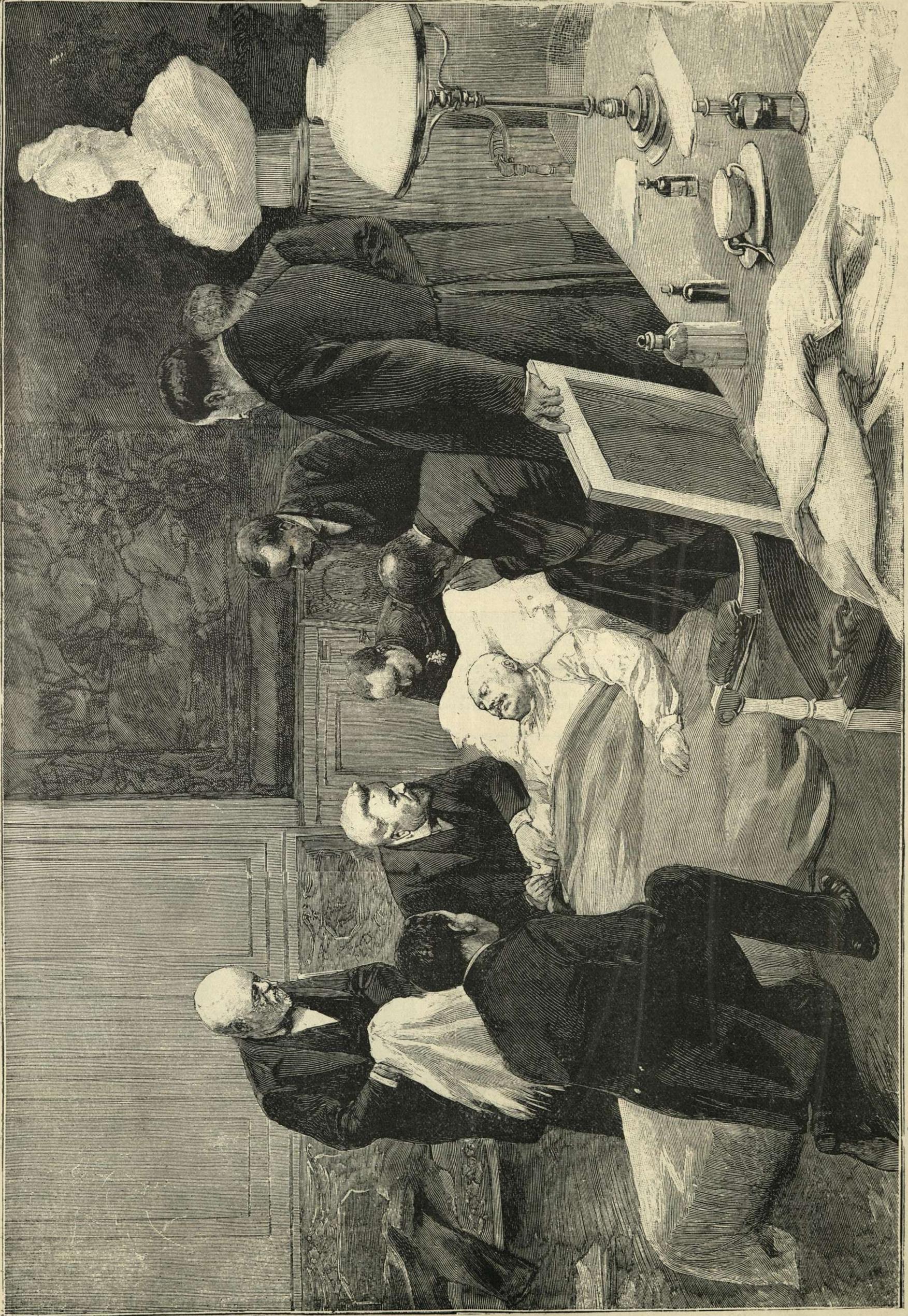
Esta doble conducta de Beristáin lo hizo sospechoso á la Inquisición, la cual comenzó á formarle expediente en 1815, asusándole de que había abusado de textos sagrados en 1796 para elogiar á Don Manuel Godoy, como lo había hecho con Fernando VII, de poseer un libro prohibido *El hombre de Hierro*, y de haber aprobado los dichos impresos contra el gobierno español.

La única tarea noble á que se consagró ya parálitico, fué á la de concluir su *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*. Con ayuda de su sobrina Doña Lorenza Vizcaya de Lobo, pudo corregir hasta la página 184 del tomo I. El resto hasta completar tres volúmenes, lo dió á la estampa otro sobrino, Don José Rafael Enriquez Trespalacios. La publicación de esta obra fué un servicio inapreciable para las letras patrias. Beristáin fué un gran bibliógrafo, aunque adulador y falso como político.

Por fin, tras largos sufrimientos, murió en la casa de la esquina de Santo Domingo y Tacuba, la noche del 23 de Marzo de 1817, casi dos años cumplidos del día en que pronunció el sermón que causó tanto escándalo en la Catedral.—LUIS GONZALEZ OBREGON.



CASA DE BERISTAIN.—ESQUINA DE TACUBA Y SANTO DOMINGO.



Dr. Bergeron.

Dr. Launelongue.

Genera. Bailloud.

M. Le Gall.

M. Charles Dupuy.

ULTIMOS MOMENTOS DE M. FELIX FAURE.

[Vase el articulo en la página 126].

Presidente de Francia.

SU CASA Y SU FAMILIA.

El abogado provincial que hoy ocupa el puesto más elevado en la política francesa recorrió en línea recta y por ascensos graduales la distancia que media entre su hogar humilde y el Eliseo. Desempeñó todas las funciones públicas electivas, siendo sucesivamente regidor, alcalde, consejero general, diputado y senador. Ya en el Parlamento fué Ministro y luego Presidente del Senado. Realiza, pues, el ideal democrático este servidor del pueblo que ha ocupado normal y legítimamente todos los puestos de confianza por propio mérito, sujetando siempre su conducta franca y su vida laboriosa á los dictados de su conciencia de republicano convencido.

Antes todo buen soldado podía ser mariscal de Francia; hoy todo buen ciudadano con tal que lo ayude la suerte tiene abiertas las suntuosas cámaras del Eliseo.

**

El año de 1867 M. Loubet era abogado de Montelimar de donde fué nombrado alcalde después del 4 de Septiembre de 1879. Se casó con Mlle. María Denis, de Montelimar, hija de un comerciante en ferretería.

Aunque la Sra. Loubet ha sido siempre una mujer sencilla y esclava de los deberes domésticos, cuando su esposo ocupa altos puestos da muestras de irreprochable corrección social y hace los honores en sus recepciones con gracia exquisita.

El Presidente ha tenido de su feliz matrimonio dos hijos y una hija, ésta casada ya.

M. Loubet es huérfano de padre, pero su madre vive aún «en la tierra» y tiene OCHENTA Y SEIS AÑOS DE EDAD.

Esta interesante campesina que ha llegado sin saberlo y sin quererlo á ser la persona de más influencia política en Francia, es de la misma pasta de la madre del Nabab de Daulet: una buena mujer, y nada más, sencilla hasta el grado de no comprender lo que significa la palabra ambición y tan encariñada con su casa



LA MADRE DE M. LOUBET RECIBIENDO LA NOTICIA DE LA ELECCION PRESIDENCIAL.

campestre que no la dejaría por todas las grandezas y por todos los honores.

**

Desde que empezó á correr por Francia la noticia

de la elección presidencial, la venerable octogenaria se vió asediada por una plaga de reporters ansiosos de dar al mundo las primeras notas sobre la madre del Presidente.

La han descrito los periódicos como aparece en nuestro grabado, robusta, activa y llena de vitalidad. También han dicho con qué conmovedora melancolía recibió la noticia, que le comunicó por telégrafo su nieto, el hijo mayor de M. Loubet.

La casa donde nació éste y donde siempre ha vivido su madre, está ubicada en la municipalidad de Marsanne, (jurisdicción de Montelimar) á dos kilómetros del pueblo.

«La Terraza,» así se llama la granja, está en el fondo de un valle y la forman dos cuerpos de un edificio rústico, con sus caballerizas y establos en la parte baja y en el piso superior las habitaciones de la señora Loubet.

La verdad sobre los últimos momentos Del Presidente Faure.

Las narraciones minuciosas que han corrido en la prensa no son de una exactitud absoluta. Así lo dice y lo sostiene con buenas razones un periódico que echó sobre sí la tarea de una rectificación completa de los hechos, reconstituyendo la fúnebre escena con el auxilio de los más autorizados testimonios.

Del canapé en donde se recostó primero al enfermo se le llevó á un colchón colocado á toda prisa cerca del busto de la República en la parte de la pieza que forma rotonda y está decorada de Gobelinos.

Rodeaban el improvisado lecho en los momentos en que murió el Presidente: el General Bailloud, jefe de la casa militar; M. Le Gall y M. Blondel director y sub-director respectivamente del gabinete civil; M. Dupuy, Presidente del Consejo, los Doctores Bergerón y Lannelongue; el Padre Renault, llamado para impartir los auxilios religiosos al moribundo y Bridier el camarero de M. Faure.

El Dr. Lannelongue observaba ansiosamente el pulso, que se paralizó á las diez de la noche.



GRANJA DE MARSANNE, RESIDENCIA DE LA MADRE DE M. LOUBET.

CURIOSIDADES CIENTIFICAS.

La embarcación de seguridad Henry.

Se han hecho numerosas tentativas para la construcción de embarcaciones insumergibles y á pesar de tantas investigaciones y de tantos cálculos y experiencias, no se había obtenido hasta hoy ningún resultado verdaderamente práctico.

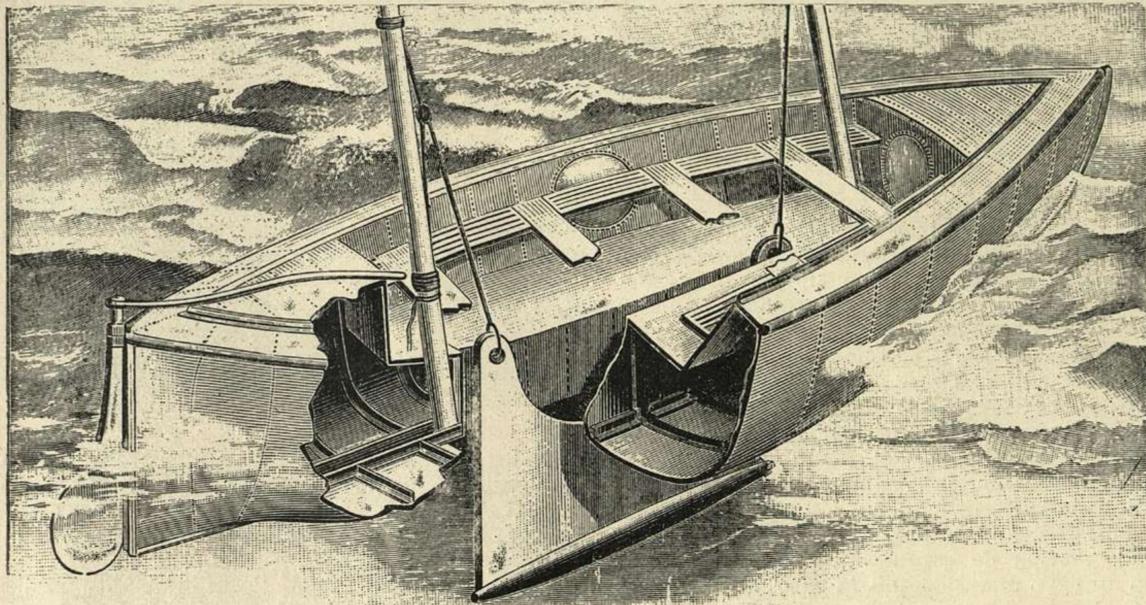


FIG.—VISTA INTERIOR DEL BOTE HENRY.

M. Albert Henry fué el llamado á la realización del ideal tanto tiempo perseguido por los inventores, y los ensayos hechos en la Rochela, demuestran que su embarcación por inclinada que esté en un momento dado, vuelve á enderezarse por sí sola y que expulsa instantáneamente el agua que se le introduzca por cualquier causa.

La descripción del sistema es muy sencilla como se ve en la fig. 1. Hay en el interior de un casco ordinario otro casco que viene á formar una cámara interior.

La insumergibilidad se logra igualmente con las cajas de aire y el pozo longitudinal abierto en el interior de la cámara sobre la línea de flotación. En efecto, el agua que se introduzca sale necesariamente por este orificio toda vez que el piso está sobre el nivel del agua exterior y por pesantez será expulsada la que entre á la cámara.

Para completar esta breve descripción, bastará de-

La porción exterior D. de la yanta presenta una concavidad externa en la cual halla lugar el vendaje neumático; tiene otra parte análoga, de forma semi-circular, que constituye un cilindro para el rodaje de las municiones, las cuales se encuentran la mitad en ese cilindro y la mitad en un vaciadero hecho en la segunda parte de la yanta E. Es fácil comprender que con tal disposición, los frotamientos que se produzcan quedarán muy reducidos.

La media yanta E queda fija y en relación á ella gira concéntricamente la otra, para lo cual se adaptan, de un solo lado, los tornillos C. El ciclista mueve por medio de pedales una rueda bastante grande A que está unida por medio de cadenas con otra análoga B.

La disposición del manubrio y del asiento difiere en inclinación de las usuales y fácilmente podrá estudiarse en el grabado principal, así como la posición que guardará el ciclista en ejercicio.

El ciclista puede inclinarse hacia adelante, obteniendo de esa suerte el desplazamiento de su centro de gravedad y facilitando en consecuencia el movimiento de progresión del aparato.

El inventor afirma que su unicyclo es absolutamente



FIG. 1—EL NUEVO UNICICLO.

estable y fácilmente gobernable con solo la inclinación del cuerpo á la derecha ó á la izquierda.

La invención es curiosa, pero es muy posible que las dos yantas se presten á la distorsión y además ocurre preguntarse si el polvo no penetrará con facilidad entre las municiones y sus rodetes.

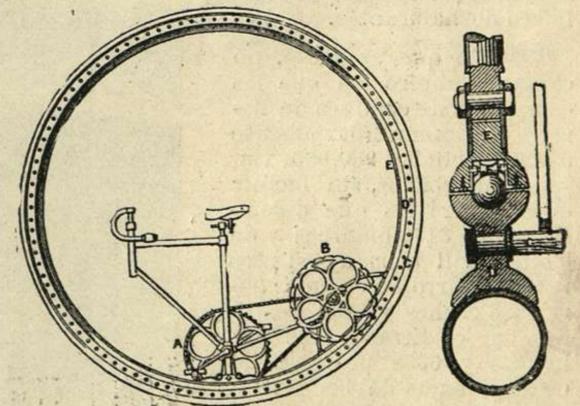


FIG. 2—CORTE Y DETALLES DEL MECANISMO.

Mas sea como fuere es un invento más y en pos del ingenio que nos lo presenta en su forma actual vendrán los perfeccionadores á desarrollarlo y á darle mil aplicaciones nuevas.

Quién sabe si mañana el unicyclo de Venable se convertirá en medio poderoso de locomoción ferroviaria según la idea de un precursor que imaginó largos años hace el empleo de grandes ruedas auto-nótrices para las líneas de ferrocarriles urbanos.

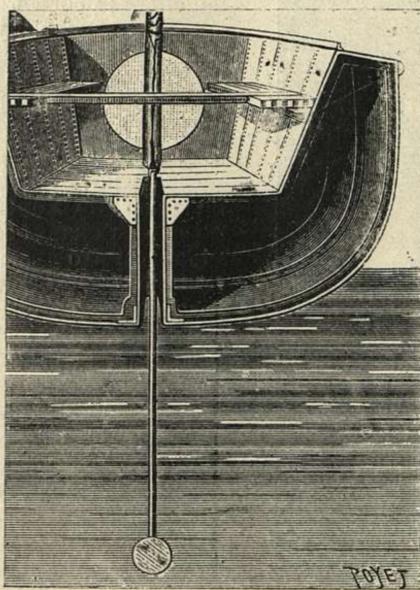


FIG. 2.—CORTE TRANSVERSAL DEL BOTE.

El espacio comprendido entre ambos cascos está herméticamente cerrado y forma una caja de aire dividida en varios compartimientos. Para el buen funcionamiento del sistema es indispensable que el piso de la cámara interior se halle arriba del nivel exterior del agua. A lo largo de dicho piso hay una abertura que sirve de orificio á un pozo que llega al exterior del casco y de este modo el interior de la embarcación se comunica libremente con el agua en que flota. Una barra con una bola de plomo en su extremidad inferior (fig. 2) y que se hace subir más ó menos, según que se navegue en profundidades ordinarias ó se llegue á tierra para atracar, mantiene el centro de gravedad en un lugar muy bajo respecto al fondo de la embarcación.

Se consigue que ésta no se vuelque por medio de la combinación de las cajas de aire y de la barra que la mantienen en la línea del agua.

El principio que ha guiado á M. Henry es de lo más sencillo y los resultados obtenidos en la Rochela permiten augurar las más lisonjeras esperanzas para un empleo general de su invento.

La maniobra se hace por medio de remos ó velas con la mayor seguridad. En la cámara de aire se embarcarán los víveres y aun puede haber lugar suficiente para camarotes en embarcaciones de cierto tamaño.

El principio que ha guiado á M. Henry es de lo más sencillo y los resultados obtenidos en la Rochela permiten augurar las más lisonjeras esperanzas para un empleo general de su invento.

* * *

Un gran *life boat* de más de nueve metros, construido por M. Decout-Lacour, fué puesto á prueba por oficiales de marina, representantes de la Sociedad de Salvamento y de las grandes compañías, así como por algunos miembros de la prensa, ante un público numeroso. La primera vez se inclinó la embarcación hasta salir la barra fuera del agua, es decir, en un ángulo de 90°. Abandonada á sí misma la embarcación volvió á tomar asiento y todo el agua que entró salió por su propio peso en menos de un segundo.

En otra de las pruebas, no sin grandes esfuerzos, pudo ponerse la quilla al aire, — lo que prueba que en el servicio ordinario esta eventualidad no es de temerse, — é instantáneamente volvió el bote á su posición, bastando cuatro segundos para que el agua saliera.

Los ensayos terminaron con una prueba que da una idea completa de la resistencia que puede oponer la embarcación Henry á los fuertes golpes de mar.

Se dispuso un gran receptáculo de 8,000 litros en el muelle á tres metros y medio de altura respecto á la embarcación Henry. Volcado bruscamente el receptáculo, cayó una gran masa de agua sobre el bote el cual se inclinó completamente, volviendo á su posición normal y expulsando el agua introducida. Esta experiencia parece concluyente.

Un nuevo unicyclo.

Si disminuís las ruedas de un vehículo, disminuiréis los frotamientos: hé ahí una de las razones porque el biciclo ó la bicicleta son superiores al triciclo, y el unicyclo, por ende, valdrá más que el biciclo.

Presentamos hoy un modelo de unicyclo debido á Mr. Vernon D. Venable, de Virginia, y que como verán nuestros lectores no carece de originalidad en sus diversas disposiciones. La rueda es una sola, naturalmente; pero además de eso, no tiene rayos y su yanta se compone de dos partes que giran una dentro de otra, como puede verse en nuestro grabado.

LAS CALLES LONDINENSES.

Sin querer medir los caminos de fierro, *elevated*, de Nueva York ó de Chicago, Londres parécenos que es la ciudad donde los medios de transporte son comprendidos mejor.

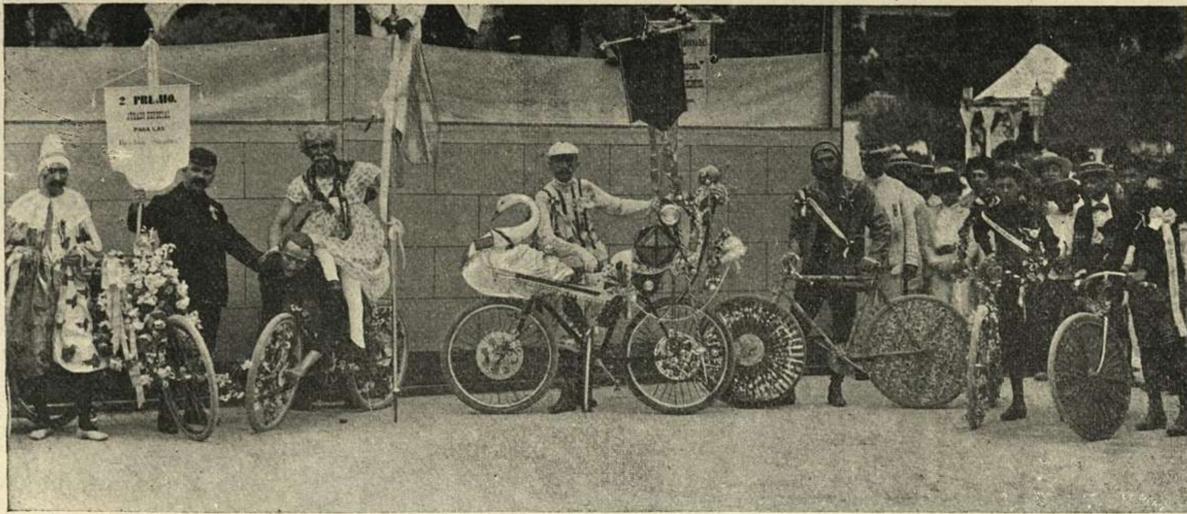
Podréis, ahora, con facilidad hacer el viaje y os daréis personalmente cuenta de ello: si al llegar á Douvres tomáis el tren del «London Chatam and Dover Railway» penetraréis en Londres por la estación de Victoria. Allí no hay sino escoger: á una indicación, un *hansom cab* (un *cab*, como se suele llamar) viene á aliñarse, al lugar mismo donde habéis puesto el pié y al trote rápido y ágil de su caballo os conducirá á vuestro hotel.—Si lo deseais así, únicamente tendréis que recorrer el patio de la estación, y descendiendo, tomar un tren del Metropolitano, que sirve para el transporte de toda esa aglomeración, muy á menudo, sin cambio de tren. Las estaciones subterráneas del Metropolitano, comunicannos casi siempre, por pasillos y escaleras, con las estaciones de las grandes líneas que penetran en Londres, y las más de las veces, con las estaciones de las nuevas líneas eléctricas metropolitanas y las subterráneas.

A cualquiera hora que se atravesase la calle, la encontraréis cruzada por una colección de ómnibus livianos, caminando con una ligereza creciente, como que pertenecen á empresas en competencia. Si deseais tomar uno, no hay que correr tras del que os ha dejado, pues en uno ó dos minutos, tal vez en medio minuto, pasará otro en la misma dirección. Este movimiento de los ómnibus, en fila nunca interrumpida, es del todo fantástica en el Strand, y aun llega á superarle en el puente de Londres.

Lo que constituye la superioridad de los medios de transporte en Londres, es que han seguido la ley del progreso, desarrollándose al mismo tiempo que la metrópoli, que ocupa una superficie formidable. Actualmente la extensión sujeta á la jurisdicción de la policía de la Cité y metropolitana, alcanza la cifra de 1761 kilómetros cuadrados, con una población de seis millones de almas. La superficie postal es de 622 kilómetros, abarcando, aproximadamente 5½ millones de habitantes. Pero en realidad, la aglomeración londinense, tal como es servida por los medios de transportes urbanos y suburbanos, es mayor aún que todo esto, y ascenderá á no dudarlo en el transcurso de treinta años, aproximadamente, á la suma de doce millones de habitantes.

Visto lo que antecede, no causará admiración que las compañías de caminos de fierro, conduzcan diariamente á la gran ciudad 960,000 viajeros suburbanos, sin incluir en esta cifra los que desembarcan de 3170 ómnibus y de los dos mil *tramways*. Datos recientes arrojan en una hora 1288 coches y 5660 peatones en el Strand; 992 vehículos y 6358 peatones en Cheapside una de las principales del gran barrio de los negocios.

Coloquémonos en la *Queen Victoria Street*, en plena *Cité*, en la encrucijada de la Reina Victoria y de la rampa que da acceso al puente bien conocido de Blackfriars. Mientras que ante nosotros desfilan innumerables transeuntes, los ómnibus ligeros, los *cabs* rápidos, bajo la vigilancia del automedonte, *inmóvil*, correcto, sereno y complaciente, al levantar los ojos vemos un tren que rueda sobre un viaducto y un puen-



CICLISTAS DEL CLUB «AGUILA» DE MERIDA.

te bajo de los cuales están instalados los almacenes. Es el «London Chatam and Dover Railway» que acaba de desembarcar los viajeros del continente en la estación de San Pablo, y continúa, recorriendo Londres rumbo á las otras estaciones de otras líneas que vienen de la provincia. En el subsuelo, donde ha sido preciso construir pilares para establecer el viaducto, he aquí los conductores eléctricos, los tubos del gas y del agua; á 6 metros de profundidad encontramos la bóveda del *Underground*, del primitivo Metropolitano; más allá están los albañales, los colectores, cuyo establecimiento ha sido un trabajo desgraciado. Podemos descender á mayor profundidad aún y á veinticinco metros de profundidad próximamente, ver como un tubo metálico que da paso al «City of Waterloo Railway.»

No hay, sin disputa, en la superficie del globo, un solo punto donde se encuentre tal multiplicidad de medios de transporte; lo que no impide á los londinenses pedir aún más, pues comprenden la importancia que acarrea la facilidad de comunicación á una

gran ciudad. Y mientras se terminan dos nuevas líneas subterráneas, un eminente ingeniero, Sir John Wolfe Barry, insiste en la necesidad urgente que hay de prolongar las calles de Londres y de establecer cruceros á niveles diferentes para permitir una circulación más rápida todavía de los vehículos.

BICICLETAS ADORNADAS.

Las que figuran en nuestro grabado son algunas de las que se presentaron en el Club ciclista «Aguila» de Mérida.

La primera es de un clown, la que sigue, adorno floral, luego escena cómica; en el centro la que obtuvo más premios y representa un cisne, continuando otras de adornos florales.

DUELOS PUBLICOS Y CORBATAS BLANCAS.

En los funerales de M. Faure presentóse M. Loubet de guante blanco y corbata blanca. M. Deschanel llevaba también corbata blanca, pero sus guantes eran color de paja. M. Frank iba de riguroso luto: guante y corbata negros.

Los periódicos de París discuten á este respecto una tesis de alta indumentaria: ¿cuál es el traje de luto cuando se prescriba para una solemnidad el traje de etiqueta?

En primer lugar descartan de la contienda las prendas de M. Deschanel. Este es joven y aunque su título de Presidente de la Cámara de Diputados le da un carácter oficial respetabilísimo, los periódicos y los salones ven principalmente en el joven político, un lyon á quien sus antecedentes mundanos hacen lícito cualquier mundanismo en la severa escena oficial. Pasen pues, los guantes color de paja de M. Deschanel como una concesión á su simpática figura de elegante.

El debate ha sido reñidísimo entre la corbata y guantes negros de Franck, y la corbata y los guantes blancos de Loubet. ¿Quién ha estado en lo correcto al ir como fué al entierro?

Los periódicos parisienses no se darían por convencidos en favor de Loubet teniendo sólo en cuenta su alta dignidad; al frondismo francés, irrespetuoso y atrevido, se inclinaria de mil amores á llevarle la contraria al gran personaje, si éste fuera convicto de un atentado contra la coración mundana.

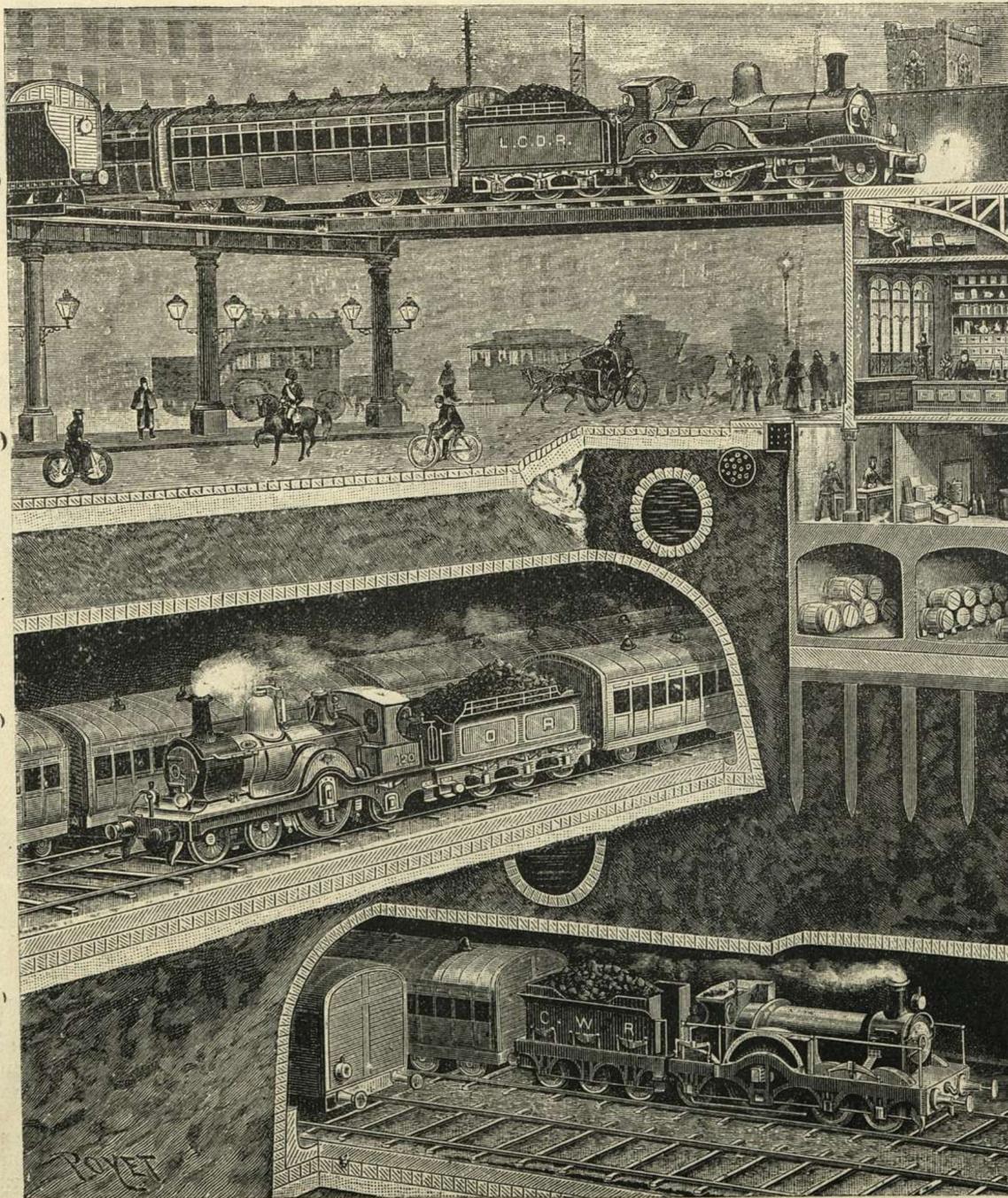
Pero en esta vez la corrección estuvo de parte del campesino de Marsanne. Las autoridades en la ardua materia, opinan que el traje de etiqueta exige á fortiori el guante blanco, ó color de paja; pero en todo caso el guante negro de M. Franck fué una aberración que los parisienses no perdonan y han castigado severamente.

PENSAMIENTOS

Dos cosas igualmente peligrosas: un arma en las manos de un loco y una idea exacta en el cerebro de un tonto.

La convicción es tan ingeniosa en sus razones como el escepticismo en sus dudas.

La virtud más rara en la lucha de las ideas es la moderación.



UNA CALLE LONDINENSE.



En las bajísimas costas de la península yucateca, bañadas y desmenuzadas por las cortas y duras olas del Golfo, hay tramos extensos en que la orla de la playa parece calada por la mar que forma en ella verdaderos encajes de lengüetas arenosas que corren paralelas á la tierra firme y de islotes ó bancos en que la arena tiene la consistencia de la roca y forma insubmergibles montículos cubiertos de vegetación entre la cual suelen los cocoteros alargar hacia la región del viento sus tallos derechos coronados del gran penacho sonoro de palmas verdes despuntadas por la brisa.

El flujo cubre casi completamente las lenguas de arena y el reflujo las deja descubiertas así como los delgados istmos que sueldan los islotes al litoral. Las ciénegas, los charcos salineros que por ahí son frecuentes añaden un elemento de vida social, digamos así, á aquellas ingratas costas, porque en las épocas de pesca y en las de la cosecha de la sal se forman pequeñas poblaciones á lo largo de la orilla y pululan los botecillos y las chalupas en cuanto el viento y la marea lo permiten. A la salida ó á la puesta del Sol, aquellos charcos salineros presentan un aspecto mágico; á veces un solo tono de oro, á veces un maravilloso color de rosa pálida ó una confusión sorprendente de todos los colores del espectro, convierten á aquellas áridas y desiertas playas en sitios encantadores que pocos ven, que nadie admira.

Las gaviotas que van y vienen en bandadas de rombos blancos por la azul inmensidad del golfo, los alcatrazes pescadores que se dejan mojar por la ola y surgen de la espuma con un pececillo en el pico y lo engullen seriamente como viejos filósofos, son los habitantes permanentes de aquellos parajes.

Cerca de los barandales de cristal de las salinas y en algunos de los pequeños istmos que unen los islotes á tierra cuando baja la marea hay *tembladeras*.

Navegando en una embarcación costanera entre Campeche y Sisal se ve la *Ciénega de las Palmas*. Muchas hay en aquel trozo curioso de playa y abundan los cactus cuyas gruesas manos espinosas ofrecen dulces tunas de sangre. Allí la población es permanente; las chozas de los pescadores con sus techos de *guano* como por allá dicen, y sus albarradas de piedras marinas y caracoles de nácar, muestran tendidos al sol las nazas ó redes de pescar y los fuertes anzuelos. En un islote cercano á la playa había una de estas chozas y dos ó tres cocoteros altísimos que se veían desde el mar: las aves marinas hacían sus nidos entre los pedruscos que la rodeaban. En esa cabaña junto á la cual estaba amarrada una vieja chalupa, había vivido una familia de pescadores. El padre y la madre que se habían refugiado allí, viniendo de las costas que limitan al Mar Caribe, durante las horas de espanto de la sublevación de los mayas, habían muerto del cólera hacía pocos años; un muchacho güero y bonito que, por milagro, se había salvado del naufragio de un buque americano que su padre mandaba, y que los viejos pescadores habían recogido y una nietecilla que se llamaba ó á quien llamaban *Laya*, formaban la familia. El niño, hombre ya y fuerte se había casado con la hija del salinero principal de la rancharía y había abandonado la choza en que *Laya* vivía contenta y sola. El islote, cuando en la época de lluvias, cuajaba la sal en todos los charcos en la arena, parecía, á los rayos del sol, una gran malla de cristal: le nombraban *la Telaraña*.

Allí vivía *Laya*, sola, respetada y cuidada por todos, por los salineros, por los vientos que no habían

destruido su viejísima cabaña, por el mar que la lamía y la besaba á veces, pero que nunca había tenido para ella una de esas sus terribles caricias matadoras.

Laya había sembrado algunas flores en los huecos de las piedras, había domesticado algunos pájaros marinos y sola en su chalupa salía á la mar, por gusto, para embriagarse de ruido y aliento de olas, de ráfagas de inmensidad y por necesidad para pescar; solía vender bien sus *bulcayes* y sus *cazones*. *Laya* corría por los pedruzcos de la *Telaraña* con una ligereza de sonámbula y desafiaba al norte en su chalupa, á pesar de los pescadores viejos que enmudecían de secreto horror viéndola volar como un pájaro sobre la espuma del Golfo en furia. Pero *Laya* hacía lo que nadie, lo que no había memoria que alguno hubiera hecho, lo que sólo el diablo podía hacer, ¿y quién sabe? *Laya* pasaba corriendo por una *tembladera*.

La *tembladera* es una de esas trampas terribles del Golfo; el mar que cría la perla entre los labios sonrosados de sus conchas y hace del coral sus árboles vivos de púrpura y aborta fantásticos seres como el pulpo, se permite el lujo de bordarse de una cintura de arena sobre la cual es imposible hacer pie firme; nadie la distingue del resto de una playa, á la vista; mas al pasar sobre ella cede y cede siempre; la arena se abre y se abre bajo las plantas, el desgraciado que ahí pisa se hunde y lucha y cada movimiento lo hunde más; las convulsiones del esfuerzo supremo abren más la sima y aquel infierno silencioso y frío traga, traga sin descanso, los latidos del corazón empujan hacia abajo y hasta el aliento entierra en aquella tumba implacable en que uno mismo es su sepulturero. Después de la agonía sigue el hundimiento invisible, la absorción del hombre por aquel pozo espantoso de moléculas sólidas y la *tembladera* une, lisa y brillante de nuevo, su superficie serena y pérfida.

Figuraos la magnitud del peligro que desafiaba *Laya*, atravesando, alada y risueña, aquel juguete cruel del Océano.

Así pasaba la vida la pescadorcilla, mirando al cielo con sus grandes ojos verdes, llenos de reflejos del mar de la costa, tendiendo su endeble cuerpecillo en una hamaca colgada de los cocoteros en las horas del calor, ó vagando por la ciénega ó por la mar aspirando á pulmón pleno el viento salado, luchando sin

cesar con las rebeldes mechadas de pelo negro que le borronaban el dulce rostro ambarino; y cantando, cantando á todas horas: *la cantadora* le decían en la Salina; á veces, en las noches de luna, se oía entre el tumbo del mar la canción de *Laya*, un hilo de agua potable y pura. ¿Qué decían esas canciones? Nada; todo. Decían el corazón de la muchacha; eran retazos de playeras, de trovas pescadoras, de versos de poetas de la ciudad transformados en baladas marinas, al pasar por la guitarra de los cantores ambulantes en las ferias de Campeche ó enmarañados en la imaginación y en la garganta de aquella *Mignon* de la costa.

Y este. lectores, no tendría el honor de ser un cuento romántico, si no cayera en él una gota de amor, para perfumarlo todo, si no os revelase que *Laya* amaba. A nadie se lo había dicho; no se le había ocurrido; ni podía explicar á los demás un sentimiento que ella misma no podía explicarse.

Vuestra perspicacia lo ha adivinado: cuando *Laya* se había separado de Jorge, del rubio náufrago, su hermano de adopción, lloró mucho y quiso morir; pero no quiso ir á casa de éste, á pesar de muchos ruegos. Se quedó sola y el mar, el gran consolador, difundió el sentimiento de la niña en sus brisas inmensas y *Laya* pudo vivir. Eso sí, pareció haber perdido la inteligencia, toda ella como que se había refugiado en su corazón enfermo á fuerza de sentir y callar. ¡Ah! como envidiaba la pobre muchacha el vuelo de las garzas que se perdían en el cielo!...

Y cantaba, cantaba siempre:

Viven las algas apenas
un solo día,
y acaban así sus penas
así se acaba la mía.

Garzas, garzas que vais por el cielo,
muy lejos, más lejos con lento volar,
yo quisiera volar vuestro vuelo,
volar vuestro vuelo,
y volando sin rumbo perderme en el mar.

Estas eran las palabras de *Laya*; no sé si las transcribo bien: así me las repetía en su guitarra andaluza la gentil campechana que me contó esta historia.

* * *

Ya hemos dicho que *Laya* despreciaba los peligros, menos uno; la inconsciente criatura, tenía un miedo indecible á la mujer de Jorge, su hermano adoptivo. Había en efecto una terrible fiereza en los ojos de *Rosalinda*, de *la Linda* como la llamaban los salineros. Brillaban esos ojos con la luz acerada de las estrellas blancas en las noches de invierno, á veces flameaban como los del *chacmol* el jaguar de las sábanas yucatecas. Su hermosura era espléndida, magnetizadora, no había palma en la costa que se cimbrara como la cintura de aquella trigueña. Había enloquecido literalmente á su marido: contaban que este pasaba los días en su cómoda casaca de ricacho, besando las manos de su mujer y llorando. Frecuentemente salían juntos á pescar; entonces Jorge hacía prodigios de destreza, de valor, de gracia... *La Linda* lo veía.

Cierta ocasión ella no quiso salir al mar porque amenazaba el Norte, mas Jorge decidió partir solo; ella invitó á su marido para que prescindiese de la pesca... Jorge quiso ser hombre y sacudir el yugo un día... Y partió.

Rompió el Norte; Jorge luchó con bravura para que el viento lo llevase á la costa, sin volcar su canoa; hizo prodigios, sereno y risueño; los voga alentados por tanto valor lo secundaron y ya llegaban á las pla-



[*] Escrito en 68; no está en la colección de cuentos románticos ed. V. Bouret.



dada. Mucho tiempo hacía que Jorge no veía á su hermanita solitaria, la había amado mucho en su infancia y entonces, sin duda, no habría podido explicarse la vida sin ella.

Pero vió á Rosalinda y no volvió á pensar en Laya, ni volvió á pensar en su infancia, los ojos de la trigueña habían sido para él *la tembladera* suprema. Laya tampoco había vuelto á hablar con él; por entre los intersticios de las palmas de su choza lo veía y sus miradas tenían la extensión y la amargura del mar.

¡Cuántas cosas se dijeron el muchacho y Laya aquella noche! Al partir Jorge dejó á Laya el relicario que con él se había salvado del naufragio, allí, su madre, había puesto un rizo de sus cabellos canos mezclados á los blondos del niño. Con él se salvó del naufragio. Dichosa con aquel presente, Laya lo colocó al pié de la imagen del Cristo que tenía en la choza, frente al cual en un vaso roto ardía siempre una lámpara.

* * *

La mujer de Jorge notó la falta del relicario é interrogó á su esposo: Jorge se lo contó todo. Brincó Rosalinda como una tigre herida, se metió en una chalupa y se dirigió á *la Telaraña*. Laya no estaba en su choza, había salido á pescar.

Concluía el reflejo cuando volvió á su islote la pescorcilla alegre y cantadora como una golondrina de vuelta al nido. Estaba seca la lengua de arena que unía la playa á su islote; levantóse la falda de indiana incolora y echó á correr por *la tembladera*. Su ligereza era un prodigio: sus piecillos rosaban apenas la arena movizada. Volaba, podía decirse; porque con la menor detención estaba perdida.

Un grito estridente resonó en *la Telaraña*

Laya alzó la vista.

En la puerta de la choza estaba en pié *la Linda*, agitando entre sus manos el relicario de Jorge.

Laya palideció intensamente y comenzó á hundirse. El suplicio fué terrible, pero corto.

La arena cedía con espantosa rapidez.

La víctima no arrojó un grito siquiera, pensó en Jorge.

La Linda miraba fijamente *la tembladera*.

Cuando ya la arena le llegaba al pecho, Laya hizo un movimiento convulsivo de desesperación y se hundió más.

yas de *La Telaraña*, que era la salvación. . . . Entonces el bravo muchacho se acordó de su mujer, le flaqueó el corazón, los brazos le cayeron flojos sobre el remo que le servía de timón, el miedo de no volverla á ver lo acobardó y se sintió vencido y se puso á llorar como una mujer.

Aquello fué instantáneo; Jorge gritaba «Linda, Linda,» los vogas se echaron al mar y la canoa fué á estrellarse en las piedras redondas y lisas de *la Telaraña*. Jorge resucitó, puede decirse, en la choza de Laya que lo besaba y lo besaba creyéndolo muerto, sin

Entonces al sentir una bocanada de brisa volvió los ojos hacia la entrada de la laguna y notó que el flujo comenzaba y la laguna se iba llenando de agua.

La pobre niña dobló la cabeza; una lágrima, una perla, rodó por sus mejillas.

Pocos minutos después, cuando la ciénega presentaba el aspecto de un inmenso tapiz de agua, *la Linda* desató su chalupa y ganó la orilla vecina.

La gentil campechana que me refiere esta verídica, aunque romántica historia, añadía solemnemente: esa noche una blanca paloma de mar, volaba por encima del agua que ocultaba *la tembladera*. Algo brilló en las olas, la paloma hundió en ellas la cabeza y la sacó en el acto con una perla en el pico y voló, voló y se perdió en el cielo. . . .

—¿Es cierto eso? pregunté sonriendo. Mi amiga replicó: es tan cierto como el dolor, como el cielo, como el alma.

1868.

Justo Sierra



LOS NIÑOS ACTORES.

Yo los he visto; algo aquí, mucho en el interior. Y de las muchas cosas tristes que he visto en la vida, acaso sea ésta una de las más tristes,—de las que más me han absesionado.

La más innoble de las explotaciones es la explotación del niño. La corrupción comienza á devorarlos en esa edad en que todavía se ignora todo lo de la vida, excepto la parte sonriente. Ellos la ignoran. Como frutos madurados á golpes y fuera de la rama, hay actitud hasta en sus gestos vagos—gestos que apenas esbozan el sér. Las blasfemias vuelan de sus labios como mariposas negras y hay rencores por preferencias de papeles como en las compañías de cómicos de la legua. . . . ó de eminencias. Algunos llevan microscópicos *revólvers* colgados al cinto, sin que nadie sonría asombrado ante esos actores de siete, nueve y once años.

Todos llevan algo de sombrío, de irreparable, marcado en la cara que los coloretos del teatro—el rojo de carmín, el negro de antimonio, el menjurge de albayalde—comienza á cuartear.

La escena para ellos es un veneno sutil, un ácido corrosivo que lentamente les mina. Las funciones que se prolongan hasta hora avanzada de la noche, la falta de sueño, la ausencia de ejercicio, la carestía de besos—que los padres, preocupados por sus negocios, los suprimen por inútiles—todo hace de esas fallanges desgraciadas los pequeños torturados de la vida moderna.

Y sin esperanza de logro alguno para más tarde. Casi todos mueren. Una hada negra—la tuberculosis—les acecha al comienzo de la adolescencia. Son los niños precoces de que habla Shakespeare, cuando afirma que mueren temprano.

Basta verlos en los ensayos, á la penumbra envenenadora del sofocante escenario, nido de microbios en todas las ciudades del mundo. El olor de pintura, atravesado por relentes de gas en una atmósfera enrarecida, el polvo que cae eternamente de los telares y flota sobre las gentes como una gasa malsana,—la falta de sol y de aire y el estrecho espacio en que se mueven—mejor dicho, en que no se mueven—porque

una disciplina á la prusiana, suprime las risas si no están marcados en el *papel* que ensayan—obran sobre esos cuerpecitos señalados casi todos para la con-sunción.

Yo los he visto ensayar y los he contemplado larga y melancólicamente.

Casi todos tísicos, de caras color de momia donde las chispas oscuras de los ojillos vivísimos parecían,



redondas y brillantes, cabecitas de clavos negros. Más que niños hechos de carne de madre amantísima, parecían fanticos de Karagheuz arrojados sobre una mesa para distracción de un verdugo loco.

Los sexos se confundían, accionando, gesticulando, cantando, desentonando, chillando ó armonizándose. Pero en unos para otros una indiferencia donde á veces pasaban miradas cargadas de odios. Ah! el rencor de un niño azulado por envidias de teatro! Se comprende tanta infamia en los que los arrastran á eso?

Poco se hablan unos á otros. En ninguno de ellos he visto el deseo alegre de los labios hacia los labios que son como los abocetamientos angelicales de la infancia. Se critican entre sí como actores. ¡Ay del (ó la) que roce al paso con su traje el de la primera triple, muñequita de cinco años penetrada ya de su misión, Patti en miniatura, Theo en capullo, que no desplegará al sol del renombre su ya marchita corola de cinco á seis raquílicas hojas.

Ninguno se logra. Ese lento suplicio se acaba poco á poco. Viven en un estado de neurosismo completo, en una perpetua catalepsia del espíritu, llevando marcado en los labios el pliegue aterrador del sufrimiento prematuro.

En vano se ha protestado contra esa sombría moralidad; en vano figuras salientes en las ciencias han hecho oír su voz autorizada señalando y llamando la atención acerca de esos lentos asesinatos que la codicia lleva á cabo. Sus voces han resonado en el vacío. Los actores niños son hijos del pueblo. Y el pueblo es muy pobre. Hay medio de ganar ciento ó ciento cincuenta pesos estrangulando pacientemente á un hijo que apenas habla y lo estrangulan.

Pero ¡ay! es la eterna historia de las gallinas de los huevos de oro!

Y cuando veo pasar ante mis ojos alguna prometi-da en pocos meses á la tumba—como la inolvidable Colás, matada por la tísia en un pueblucho de la provincia de Buenos Aires—brumas de pena humedecen mis ojos! Ante un niño—actor, (ante un mártir actor)—ejemplo de corrupción de las sociedades modernas, aunque sonría, aunque los tintes purpúreos de la vida toquen sus labios y pinten su frente, mi frase de tristeza es siempre la misma:

Paz á sus restos!

Es que mi alma, hermana del infortunio ageno, los adivina.

Y ¡ay! rara vez se equivoca!

KOSTIA.

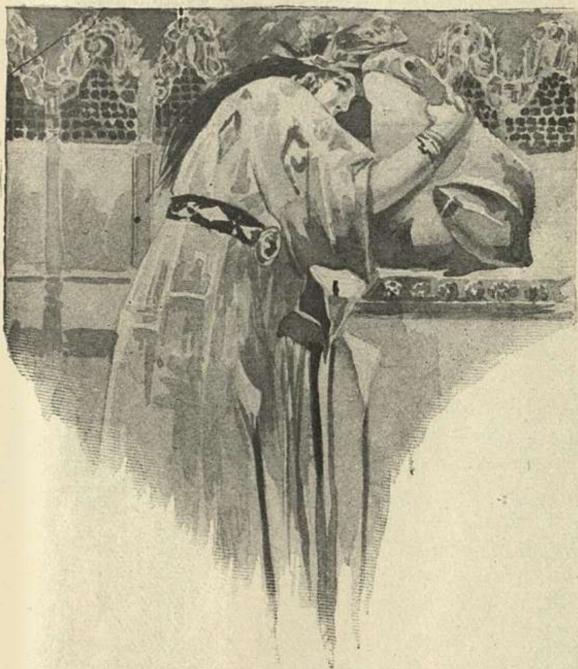
LA PRINCESA EN EL SABADO.

TRADUCIDO PARA "EL MUNDO."

La princesa Ilsa no amaba más que los espejos y las flores. No había, en todo el palacio más que reflejos de corolas y de pétalos; grandes nenúfares se bañaban noche y día en el agua de grandes vasos de arcilla y en los altos vestíbulos ornamentados de mármol y de bronce verde, había una eterna vigilia de cálices y de hojas rígidas, de una húmeda palidez. La princesa Ilsa no había jamás mirado ni á los hombres ni á las mujeres; mirábase en los ojos de todos como en una agua más azul y más profunda, y las pupilas de su pueblo eran para ella como otros tantos espejos sonrientes y con vida.

La princesa Ilsa sólo se amaba á sí misma. De pié durante largas horas ante el estaño bruñido de los espejos, pasaba su tiempo en trenzar de hilos de oro y de perlas, la seda ondulante de su cabellera, ó bien en ataviar de dijes, de anillos y de brazaletes la gracilidad de sus brazos desnudos, ya ataviada de suyo de telas de seda orfabricada y florida, cuyos dibujos demandaba á tejedores etiopes que jamás debían tornar á su país.

La princesa Ilsa era negligente, indolente, con una gracia largamente aprendida ante sus preciosos espejos. Toda su existencia suntuosa se pasaba en bañarse, en perfumarse, en peinarse, en adornarse, en ensayar joyas, túnicas y velos, en sonreirse á sí misma y en soñar en el traje nuevo, en la actitud imprevista, en la tela desconocida que la distinguiría de la



na alargaba su cuerpo hermoso sobre los flancos de un tigre: un pavo redondeaba su cola de zafiros detrás de la reina Juno; Blanca-flora agitaba los piés desnudos posados sobre un león; Blismoda enlazaba entre sus brazos un licornio; Santa Catarina hollaba con el talón una tarasca. Ella, la princesa Ilsa, tenía cerca de sí una rana. Nuestra Señora Venus, tenía también sus palomas, y la Virgen Pallas, un buho.

¡Una rana! Su fina desnudez ungida de orientales unguentos surgiría más fina aún cerca de un monstruo; y todo el palacio, pues se había solicitado orfebres y escultores, se llenó de fabulosos batracios. Fué aquel un pulular de ranas; las hubo en todas las salas; las hubo verdes como céspedes tiernos, azules como el azul del cielo; las hubo de fierro, de cobre, hasta de tierra barnizada, porque los alfareros recibieron pedidos, y todos los ceramistas del reino se dedicaron á cocinar en sus hornos los reflejos del arco-iris. Hubo ranas de color de luna, otras como cubiertas de gotitas de agua, otras, en fin, lechosas como cristales de Venecia, con vientres estriados de oro; el monstruo de su recámara era de plata bruñida con ojos de esmeralda y el de su oratorio de una materia desconocida, transparente como jaspe con pupilas de turquesas; y cerca de cada monstruo inmóvil, la princesa Ilsa ensayaba actitudes, se tornaba lánguida y flexible, con grandes lentitudes, segura de su belleza, realizada por decirlo así merced á la fealdad de la rana acurrucada á sus piés. Inverosímiles telas bordadas en fondo verde de flechas de agua, de iris y de anémonas, la desvestían, la volvían más desnuda que la desnudez misma y, coronada de yerbas fluviales, placíase ella en permanecer así, ante el agua muerta de los espejos.

Se hubiera dicho una princesa encantada y su placer era creerlo, porque, más enamorada de sí misma que jamás lo estuvo Narciso, se imaginaba acaso ser la ahijada de las hadas y su delicada personita la inspiraba un infinito respeto.

Pero las hadas le jugaron una mala pasada.

Un tibio día de Septiembre, erraba ella con pasos lentos bajo los árboles tallados de su parque al borde de un canal ornado aquí y ahí de ranas de mármol (porque le agradaba en el curso de sus largos paseos acodar su languidez en el dorso luciente de los monstruos), cuando percibió, sobrenadando en la superficie del agua grandes cálices de un azul pálido que jamás había mirado: eran unas especies de lotos de un azul de esmalte, con pistilos de luz: enormes hojas en forma de corazón flotaban alrededor de los maravillosos cálices y la princesa Ilsa deseó esas flores.

Desciende precipitadamente algunas gradas y trata en vano de cogerlas; los cálices azulados están demasiado lejos; pero hay ahí una barca que duerme fija á sus amarras, con la proa en medio de floraciones de azur. Ilsa no vacila; entra en el esquife, mas la amarra se desanuda, las flores de ensueño se hunden y desaparecen, la barca se desliza con la corriente en medio de un paisaje que Ilsa no reconoce ya; es un río que se la lleva á través de los campos, de inmensos llanos bordados de álamos. Ilsa junta las manos y se inquieta. Que lejos está ya del viejo parque de la ciudad y del castillo de los abuelos. Hacia qué tierra encantada la arrastra esa barca? Ilsa, que cree en las hadas comienza á temerlas; mas he aquí que aparecen islas; los troncos de los sauces se enlazan en medio de plantas acuáticas; un niño grotesco está sentado á la criolla. Cubierto por una capucha escarlata, con una larga varita de avellano en la mano, el niño enano vigila un rebaño *craqueador* de ranas que brincan á sus piés. «Quietas, ranitas!, canturrea la voz monótona del pastorcillo y la princesa teme que la barca aborde á la Isla, porque ha reconocido conforme á la leyenda al niño hechicero que guarda los sapos.

Pero la isla maldita está ya lejos, la barca se desliza; se desliza siempre más rápida, agita ya los mimbrerales de otra isla donde extraños trabajadores forrajean pulidas trincheras de centeno; son grandes mujeres harapientas con rostros lívidos coronados de mechales grises; insultan á Ilsa con risas mudas y lanzan rabiosamente hacia el cielo la cebada que se desparrama; y he aquí que el cielo se cubre de nubes hostiles en forma de flámulas que *zebreen* en el horizonte y la tempestad estalla. Es una lluvia torrencial, ó la vez tibia y helada; la maravillosa tela orfabricada se echa á perder; la lluvia redobla sobre los hombros de la tiritante princesa, la isla de las henmeadoras está ya lejos. Ilsa empapada en agua, se ha arrojado de rodillas al fondo de la barca, la barca es sacudida y bamboleada por las engrosadas ondas del río y crepita bajo el vendabal, y he aquí que otra isla se perfila en la bruma, una isla plantada de sombríos castaños. Aparece una chocita acurrucada bajo las ramas.



multitud y la haría diferente de las otras mujeres. Era, en suma, una criaturita, asaz fútil, ferozmente egoísta y locamente enamorada de sí misma; pero llevaba hasta embelesar, las túnicas transparentes de las islas Canarias, los collares de conchitas del Extremo Oriente, y nadie en el reino poseía un talle tan grácil: la princesa Ilsa no amaba más que los espejos y las flores.

Una mañana, en que desperezaba sus miembros delicados en el agua helada de las piscinas, dióse á mirar, con más curiosidad que de costumbre los dos monstruos de bronce acurrucados en el borde del estanque y cuyas faucesesgadas, vomitaban un perpetuo trozo de agua: jamás los había contemplado. Eran dos ranas enormes, casi humanas, de fisonomía y de un verde únicos, de un verde de bronce patinado por el tiempo, con grandes ojos rodeados de oro, ojos de vidrio encendidos por un fulgor amarillento. La fantasía de uno de los antepasados de Ilsa había ornado con ellas la inmensa sala de baños y esculpido por un prestigioso artista de nombre ya olvidado, los monstruos inmóviles parecían vivir sobre sus gradas de mármol, con la vida intensa y quimérica de las obras maestras.

Y la princesa Ilsa se enamoró inmediatamente de estos monstruos. Su belleza delicada se afinaba con la vecindad de su horror, é instivamente resolvió llenar las salas de su palacio de monstruosas ranas de metal y de mayólicas copiadas de las figuras de las piscinas.

Las princesas de la leyenda y las reinas de la mitología, estaban todas representadas, teniendo á su lado un animal fabuloso: Leda se inclinaba hacia su cisne; Europa, retorció su desnudez sobre la grupa de un toro; un bicho de cuernos de oro se combaba bajo la mano de Diana; la reina Melisenta estaba pintada conduciendo de la brida un lebrél; la princesa Ariad-

está todo florido de tornasoles y agujereado por ventanillas en que hay pintados enanos en fondo de oro, é Ilsa, á quien la vieja desnuda, seca y enjuga ante un gran fuego, no se fija ni en su barba peluda ni en el pié de piña que oculta bajo su falda. Cae la noche y la princesa, de pié, toda desnuda ante la chimenea se siente unguir y frotar con una extraña pomada; cree desfallecer al olor de ésta, pero se reanima espantada al aspecto de su huésped que muestra sus caderas, también desnuda toda ante el atreo, ungiéndose de untos, con los senos arrugados, los flancos sin carne y el vientre flácido.

«Arriba el chivo, arriba el chivo!» Estallan voces sobre el techo, el hogar flamea, la leña crepita y dos platillos de balanza bajados con gran ruido no se sabe por dónde ni por qué agujero resoplan, relinchan y caracolean. «¡Arriba el chivo!» «¡Arri-

ba el chivo! . . . Ah! si yo te cogiese Felipe. . . «Escobeta, escobeta» y la princesa despantufada y transida se siente alzar por los cabellos.

Bajo un cielo lluvioso que alumbraba una luna verde, hay un vuelo insensato de hechiceras, jóvenes y viejas, flacas y gordas, feas y lindas; las desnudeces se encorvan, descienden en torbellinos, descabelladas aulladoras y van á abatirse allá lejos, sobre el bosque; hay también bestias que revolotean en el espacio; un buho la roza con sus alas; un cisne con pico de gallina ronda al rededor de su cabeza y un escarabajo babea al pasar. Por encima de ella, á sus piés, en las torrenteras, en los senderos de los bosques hay un ir y venir de multitud hormigueante; son cojos, jorobados, ventrílocuos y malandrines; se diría la procesión de todo un país para alguna peregrinación; una invasión en masa de saltimbancos y de juglares hacia una aterradora Kermesse: «Sábado! Sábado!» es el Sábado, todos los desagraciados de la naturaleza están ahí, aullando en apretada fila por la campaña lunar; los estropeados semejantes á sapos brincando en las rutas y los exhibidores de osos danzan en los caminos. La princesa Ilsa se siente morir: un enjambre de pavos espantados la rodea, una cola de rata la roza, un zorro la huella, una víbora alada como un gallo la azota, y atenaceada por garras, besada, lamida, mordida y cabalgada por mil bestias invisibles, la princesa Ilsa se despierta dando un grito.

Está en su recámara de estuco y de pomos de vidrio. Salta de su lecho, con los cabellos alborotados la rana de plata bruñida y ojos de esmeralda yace hecha pedazos sobre la alfombra, y, apenas recobrada de su asombro, la princesa Ilsa corre á su espejo: horror! Aquella espantosa pesadilla la abruma aún? El gran cristal refleja la cama en desorden y la recámara desierta y la Princesa Ilsa no se encuentra. Huye de la cámara hechizada y corre á través del palacio á interrogar todos los espejos; en cada pieza, la rana de metal, de mayólica ó de tierra cocida está hecha pedazos, y ningún espejo interrogado responde ya.

La princesa Ilsa no volvió á encontrar jamás su imagen; la había dejado en el Sábado: las hadas le jugaron esa mala pasada para castigarla de su orgu-

llo. Es necesario desconfiar de las flores que flotan sobre las aguas y de los rostros que sonríen en los espejos.

La princesa Ilsa amaba demasiado los espejos y las flores.

JEAN LORRAIN.



DE UN VIJO TRIFITICO.

I

DOÑA GUIOMAR.

En vano los trotones de abades y guerreros
doblaron la rodilla rindiéndole homenaje;
en vano sus rondeles alzaron los troveros:
Guiomar muere de amores, de amores por un paje.

Por él rídan sus ojos arcanos y hechiceros,
por él, bajo los oros antiguos de su traje,
su corazón palpita con entusiasmos fieros:
entraña hidalga y prócer, sujeta al vasallaje.

Oh! cuántas veces, luego de haber pasado esquivada
ante sus amadores, acércase á la ojiva
donde la luna baña su cabecita blonda
con un fulgor enfermo! Y ante la noche incierta,

mientras los guardias gimen su centinela alerta,
desgrana besos para su paje que la ronda!

AMADO NERVO.

II

EL PAJE.

Es joven y muy débil. . . Jamás en la batalla
fué conquistando lauros su espada vencedora,
ni sobre del acero bruñido de su malla
vertió su luz el triunfo como radiante aurora.

Pero el amor le guía; cuando en la noche calla
todo rumor, la escala se tiende, osciladora,
del señorial castillo sobre la hostil muralla,
y él sube á donde espera, temblando, la que adora.

Y mientras las estrellas envían sus fulgores
al silencioso campo en diamantina lluvia
y en el azul del cielo semejan áureas flores,

Guiomar tiene en sus brazos al adorado preso,
desata un manto régio, su cabellera rubia,
y entona el himno ardiente y arrullador del beso.

FRANCISCO M. DE OLAGUIBEL.

EL RAPTO DE EUROPA.

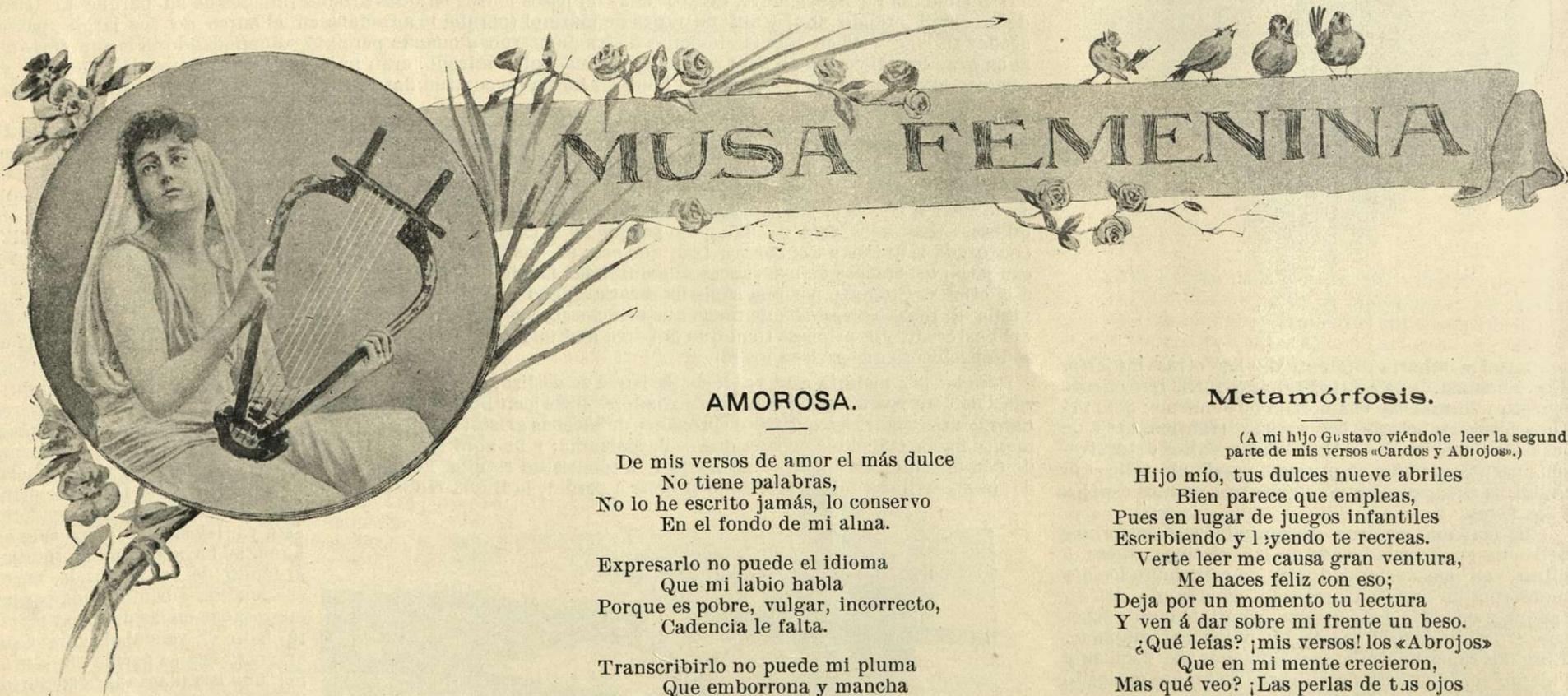
El ósculo candente del sol dora las ondas
del mar glauco y sonoro, que alegre cuchichea;
la arena de la playa fenicia centellea;
y—músicos alados—van en fugaces rondas

los pájaros, cantando su amor bajo las frondas,
donde la blanca Europa su juventud recrea;
su juventud radiosa que lánguida pasea
la gloria de sus carnes, desnudas y redondas.

Esplende su hermosura cual coruscante estrella,
cuando con frescas rosas, entre los cuernos de oro,
con el testuz erguido, camina hacia la bella
traidoramente quieto, blanco y divino el toro.
Carga en los recios lomos á la gentil doncella,
y arrójase á las aguas del mar glauco y sonoro.

RAFAEL LOPEZ.

Guanajuato.



¿QUE ES EL AMOR?

Es suspiro y es luz, murmurio y ráfaga,
Dulce cadencia que al oído vibra,
Es ardorosa y cristalina lágrima
Es perfume de flor desconocida.

Es mariposa de doradas alas
Que en el jardín del corazón se agita,
Emanación purísima del alma,
Del fuego de los cielos una chispa.

Es trino de la alondra cuando canta,
Es suave giro de la mansa brisa,
Es . . . lo que no define la palabra . . .
¡El amor es la vida!

AMOROSA.

De mis versos de amor el más dulce
No tiene palabras,
No lo he escrito jamás, lo conservo
En el fondo de mi alma.

Expresarlo no puede el idioma
Que mi labio habla
Porque es pobre, vulgar, incorrecto,
Cadencia le falta.

Transcribirlo no puede mi pluma
Que emborriona y mancha
Porque fuera preciso para ello
Arrancar á las alas

De algún ángel celeste y divino
Una pluma dorada.
Empaparla después en la esencia
De nardos y azaleas

Y con ella sobre hojas fragantes
de azucenas blancas
Escribir en lenguaje sublime
Mi amorosa página.



Metamórfosis.

(A mi hijo Gustavo viéndole leer la segunda parte de mis versos «Cardos y Abrojos».)

Hijo mío, tus dulces nueve abriles
Bien parece que empleas,
Pues en lugar de juegos infantiles
Escribiendo y leyendo te recreas.

Verte leer me causa gran ventura,
Me haces feliz con eso;
Deja por un momento tu lectura
Y ven á dar sobre mi frente un beso.

¿Qué lees? ¡mis versos! los «Abrojos»
Que en mi mente crecieron,
Mas qué veo? ¡Las perlas de tus ojos
Sobre mis pobres páginas cayeron!

¡Oh, gracias! esas gotas de rocío
Cual perlas golcondinas,
Irán á convertir, encanto mío,
En flores, de mis «Cardos» las espinas.

Muy satisfecho en realidad me siento
Que en edad tan pequeña
Ya se fije tu puro pensamiento
En las quimeras que mi mente sueña.

Si tanto á la lectura ya te inclinas
Y mis «Cardos y Abrojos» son tu herencia,
Leelos sin que te hieran las espinas
Y al leerlos dales con tu aliento esencia.

Detén sobre esas páginas tus ojos
Pero antes llora sobre todas ellas,
Y serán tiernas flores mis «Abrojos»
Y entre mi «Sombras» brillarán estrellas.

MARIA COS DE KATTENGELL.

Guanajuato.

Páginas de la Moda



FIG. 1.—TUNICA ULTIMA NOVEDAD.



FIG. 2.—GRAN TOILETE PARA CALLE.

LECTURA PARA LAS DAMAS.

MODAS

No sin razón, las parisienses elegantes temen que que las modas acentúen demasiado el estilo segundo Imperio.

En efecto, los volantes y las garnituras archicomplacadas que presentan los más nombrados modistos, inclinarían más y más á ese género detestable si la reacción no fuera enérgica.

Por esa razón, las reinas de la moda son las primeras en dar ejemplo de una exquisita sencillez en el vestir.

Todas ellas llevan adornos no complicados: ricos bordados tono sobre tono, puntilla de aplicación y pasamanerías sóbriamente realzadas de lentejuelas.

Naturalmente, las pieles constituyen hoy un artículo de primera necesidad.

Combinadas con puntillas, componen el más rico adorno que se puede imaginar.

Los collares compuestos de una corbata hecha con encajes y guarnecidos de marta zibelina son muy lindos, elegantes y no muy caros.

Cuanto al vestido hechura de sastre y respecto al paño, debo notar una vez más la boga que gozan entre las damas de gran tono.

Azul marino, granate obscuro y violetas; lo mismo para salir que para visitas, por todas partes no se vé otra cosa.

Los colores claros no son tan llevados porque nada tienen de prácticos.

Los terciopelos y las panas no gozan de tanto favor, aun cuando suelen verse alguna que otra vez; pero no mucho.

Este año se adornan esos vestidos ricamente con bordados mezclados de oro y plata y con finas pasamanerías, con gruesas puntillas y con otras de zibelina que marcan los contornos, formando un conjunto smart, lleno de distinción y de elegancia.

Nuestros grabados.

FIG. 1.—TUNICA ULTIMA NOVEDAD.

Es de piel de seda y cae en dos puntas hacia atrás y hacia adelante. Va adornada de galón bordado muy fino y ostenta un plastroncito bordado también, de alta elegancia.

FIG. 2.—GRAN TOILETTE PARA CALLE.

De sarga de seda gris-agua, completamente lisa y justa, sin más adorno que una gran guarnición de cinta de seda en curvas caprichosas.

OTRO PAGO DE "LA MUTUA."

POLIZA QUE SE EMITIO EL 12 DE MAYO DE 1898.
EL ASEGURADO
PAGO UN SOLO PREMIO DE \$321.20

Cinco estampillas de á peso debidamente canceladas. Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York,» la suma de (\$5,000) cinco mil pesos plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 899,622 bajo la cual y á mi favor estuvo asegurado mi finado esposo Don Rafael de la Fuente, y para la debida constancia extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en San Buenaventura, Coah., á 23 de Febrero de 1899.—ALTAGRACIA R. VDA. DE LA FUENTE.—Rúbrica.

Un timbre de cincuenta centavos, cancelado con el sello del Juzgado 1º Local de San Buenaventura, Coah.

El C. José Martínez Garza, Juez 1º Local de esta Villa, certifico: que el anterior recibo ha sido puesto en mi presencia por la Sra. Altagracia Rodríguez viuda de Fuente, y la firma que antecede es la que usa y ha usado en todos sus negocios. Y á solicitud de la interesada, expido el presente en la Villa de San Buenaventura, á los veintidós días del mes de Febrero de mil ochocientos noventa y nueve.—JOSE MARTINEZ GARZA.—Rúbrica.—A.—ANTONIO MENCHACA.—A.—FERMIN VIDAURI.—Rúbricas.

REMEDIO MILAGROSO GRATIS PARA HOMBRES!

Millares de hombres recibirán con gran alegría la noticia de que se ha descubierto un remedio seguro para toda clase de debilidades sexuales, tales como la impotencia, órganos encogidos, debilidad nerviosa, vigor perdido, emisiones nocturnas, varicocele, pérdidas prematuras y todos otros resultados de la masturbación ó exceso sexual. Dicho medicamento restaura á todos su vigor natural y es el descubrimiento de mas valor hecho por la famosa Universal Vitoline Co. de Hammond, E. U. de A., cuya compañía ha hecho durante años una especialidad de las enfermedades peculiares de los hombres.



Escribanos inmediatamente dándonos una descripción de su caso de Vd., y le prepararemos un curso de tratamiento especialmente adaptado á su condición, enviándoselo sin cobro adicional alguno excepto el franqueo que costará unos 25 centavos los que puede enviarnos en sellos ya sean mexicanos ó de los Estados Unidos. Enviaremos estas medicinas empaquetadas en caja por correo, pagado el importe, sin anuncio que pueda divulgar el contenido. Le podemos desarrollar cualquier parte ó órgano del cuerpo y restaurarle su vigor perdido, *jamás deja de efectuar una curación.* Poseemos miles de testimonios que nos envían de todas partes del mundo.

San Antonio, Tex.
Mis queridos amigos:—Sirvanse aceptar mis mas expresivas gracias, por el favor que me han hecho. Las pérdidas han cesado por completo y mi vigor ha sido restaurado. Me siento mejor que durante los últimos quince años. Me siento otra persona. Todos mis amigos al encontrarme me dicen: ¿Que ha hecho? Jamás he visto un hombre mejorarse como tu.
Siempre de Vds. atto amigo y S. S.
F. A. G.

LÉASE LO QUE DICEN ESTOS PACIENTES:

Ciudad de Mexico.
UNIVERSAL VITALINE Co.,
Hammond, Ind., E. U. de A.
Muy Señores Míos:—Casi he concluido mi curso de tratamiento y me encuentro un hombre enteramente distinto. No puedo hablar palabras suficientes para alabar sus remedios y expresar la gran gratitud que siento para con Vds. Sus remedios son maravillosos. Me encuentro perfectamente bien y les agradezco mil veces y les ayudaré en todo lo que me sea posible. Que Dios los guarde á Vds. y bendiga su trabajo. De Vds. su agradecido amigo,
L. Sr. V.

Centenares de cartas similares se encuentran archivadas en nuestra oficina, pero jamas descubrimos el nombre de los firmantes, usando solamente las iniciales, de modo que todos se tratan de la manera mas confidencial. No demore Vd. en escribirnos y recuérdese que somos del instituto de medicamentos mas grande de America que se dedica exclusivamente al tratamiento de las enfermedades sexuales y nerviosas.

UNIVERSAL VITALINE CO.,

Apartado 530. Hammond, Ind., E. U. A.

MOSLER, BOWEN & COOK,
SUCESOR.

para Comedor en encino
MUEBLES y nogal americano, de superior calidad

MESAS de extensión.
SILLAS Y SILLONES.

APARADORES

TRINCHADORES Y CRISTALEROS.

APARTADO No. 658.

Alcaicería No. 27. México, D. F.

LA PARISIENSE



D. ZIVY Y COM.

3ª Calle de San Francisco núm. 7.

Gran Almacén de mesas de Billar y todos los accesorios concernientes al ramo.

DEPÓSITO DE

Las famosas Barandas patentadas "Imperial"

D. ZIVY Y COMP.

FABRICADAS ESPECIALMENTE PARA ESTA CASA.

BOLAS DE MARFIL Y DE COMPOSICION EXTRA FINA

Paño, Tacos, Cosméticos, Marcadores mecánicos, Marcadores de madera, Casquillos, Prensa para fijar casquillos, Cepillos, Juegos de Ranfla.

Ventas al contado con abonos mensuales ó á plazo fijo.

Instalaciones para Casinos, Hoteles y Cantinas.

Para mejores detalles, pídanse Catálogos.

APARTADO NUM. 283.

NUEVOS PERFUMES
de
RIGAUD & C^{IA}

Extractos para el pañuelo

VIOLETA BLANCA
FLORES DE AUVERNIA
LUCRECIA **GRACIOSA**
LUIS XV **ASCANIO**
ROSINA **MELATI**
CYPIRUS **YLANG**
LILAS DE PERSIA
PERFUMES DE BIRMANIA
JABON de las ACTRICES



JABONES
y POLVOS de ARR.
A LOS MISMS
OLORES

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las Droguerías y Perfumerías.

Lo más moderno, lo más sencillo y lo más rápido que se conoce en la actualidad, es lo que usa el Dr. C. Preciado, para llevar á cabo sus grandes curaciones.

Trata por medio de la electricidad, los casos más rebeldes de estrechez, alejando por completo todo peligro para el enfermo. Esta clase de operaciones, nunca dura más de *doce segundos*, recobrando el enfermo su salud en el acto y siguiendo sus ocupaciones.

Las enfermedades de las señoras se curan radicalmente, cualquiera que sea su período, en menos de *quince días*.

Las hernias, conocidas con el nombre de relajaduras, se curan entre *cinco y seis días*, poniendo en práctica el mejor procedimiento francés que se conoce en la actualidad. Son innumerables los casos de curaciones que se han obtenido de esta enfermedad y cuyas certificaciones están á la vista del público.

Los instrumentos más modernos, últimamente construidos en Europa y Estados Unidos, se encuentran en el Consultorio del Dr. C. Preciado; y puede asegurarse que no hay en México un consultorio médico, tan bien montado, para curar enfermedades especiales, como el que está situado en la calle del Coliseo Viejo, núm. 8.

La gran reputación de que goza el Dr. Preciado, para curar toda clase de enfermedades secretas es la mejor garantía que tiene el público, para confiar su curación á dicho facultativo.

Las medicinas más eficaces que se conocen para curar radicalmente la blenorragia, la impotencia en el hombre, la esterilidad en las señoras; y el gran preservativo para no contraer enfermedades, están de venta en el mismo consultorio.

Para detalles y pormenores, dirigirse al Dr. C. Preciado.--- Calle del Coliseo Viejo núm. 8. México, D. F.

Banco Internacional é Hipotecario de México.

GIROS POR CABLE, DEPÓSITOS, DESCUENTOS, COBROS DE LETRAS, CUPONES, ETC. CAMBIOS SOBRE EL EXTRANJERO, CARTAS CIRCULARES DE CRÉDITO, CRÉDITOS EN CUENTA CORRIENTE.
Capital \$5.000,000

Hipotecas amortizables en veinticinco años con anualidades de 9 por 100, pagaderas por trimestres efectuando el Banco su préstamo en **Bonos Hipotecarios**, con interés de 6 por 100 y siendo potestativo para el deudor redimir el **Saldo** del capital en cualquier tiempo y con **Bonos Hipotecarios**. Respetuosamente se llama la atención del público hacia la importancia de estos **Bonos**. No existe papel **más seguro** porque está garantizado con primera hipoteca, constituida sobre propiedades raíces con **doble valor de aquél**. El Banco facilitará toda clase de informes, escritos relativos á las diversas operaciones de su instituto quien lo solicite en sus oficinas.

Presidente, JOSÉ DE TERESA Y MIRANDA. Cajero, JOAQUIN DE TRUEBA.

CIUDAD DE MEXICO.

APARTADO POSTAL 269.

TELÉFONO NO. 38

OFICINAS EN EL NUEVO EDIFICIO DEL BANCO

Esquina de Cadena y Colegio de Niñas.